

Esto es una creación de mi madre:

Carmen Benítez Mancebo

No pretendo que te guste, mucho menos que lo leas.

Tampoco pretendo que lo guardes, pero sí deseo que lo recibas.

No fue suficiente una sola vida para crear esta obra.

Ella la empezó, amando y educando a la mente encargada de escribirla;
yo tan solo la he terminado...

o, mejor dicho, he terminado de empezarla,
ya que es una historia que no tiene final.

MaRaB



La historia de los misterios

Antes de comenzar, he de decir que esta historia no la he inventado yo. Sucedió realmente, hace muchos años, no aquí, en otro lugar. Hoy se ha abierto un agujero por el que he podido observar y así poder crear este relato. Yo conocía por viejos cuentos, o más bien creía conocer a uno de los personajes clave de esta historia, pero no me fue desvelado sobre quien estaba escribiendo hasta que llegué al final de este libro. Estoy seguro de que tú también sabes quien es, pero al igual que yo, no conoces su historia, porque hasta hoy ha permanecido oculta.

No sé si estoy haciendo bien al desvelar este misterio, pero quiero pensar que si se me ha concedido el privilegio de conocer esta historia, también se me ha concedido el privilegio de compartirla, porque ¿qué sentido tiene poder ver, si no se puede compartir lo visto? ¿De que sirve crear la comida más deliciosa del mundo si no tienes con quien disfrutarla?

Así que, en vez de dar más vueltas sobre mis opiniones de la historia, que no creo que le interesen a muchos, me voy a limitar a contar la historia tal y como me ha sido mostrada.



—Cierra la puerta al entrar —fue lo primero que me dijo aquella mujer cuando entré en su habitación. No pude evitar soltar una carcajada, ya que su habitación era una celda de una prisión de máxima seguridad.

Ella estaba sentada en el suelo, al lado de una cama. Tenía los ojos cerrados y la expresión de su rostro... no... no puedo decir que expresión tenía en su rostro porque no había tal cosa. Al principio la miré y vi felicidad, pero al instante siguiente vi tristeza, pero no se había movido ni un pequeño músculo de su cara. Su rostro recordaba a un lago en quietud, capaz de reflejar la luna a la perfección, donde todo ser vivo dentro del agua estaba inmóvil, pero no por estar dormido, sino por estar tan expectante al momento presente, que moverse sería perderse un instante de la mejor experiencia jamás imaginada. Eso mostraba su rostro. No estaba dormida, ni evadida, sino plenamente consciente. Si abriera los ojos, tan solo podría ver a través de ellos. Con ellos cerrados, podía ver desde cada átomo de su cuerpo. Se me hizo obvio entonces que la felicidad y la tristeza que vi en su rostro, eran fluctuaciones de mi mente, eran mis mismas emociones, que por la ausencia de las suyas, me venían de vuelta.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —le pregunté después de un eterno minuto observándola.

—Vienes a preguntar... como todos los demás.

—Sí, pero no creo que los demás te hayan hecho las preguntas que yo voy a hacerte.

—La cuestión no es qué preguntas me hagas, sino con qué intención las hagas —me dijo, hablando muy lentamente, con bastante sosiego—. No tengo nada que ocultar, pero mi conocimiento es un tesoro, y no se lo mostraré al que no lo merezca. Yo veo desde dónde me preguntas, y mis respuestas dependerán no de la pregunta en sí, sino de dónde venga la



pregunta.

En aquel momento me pareció bastante soberbia aquella mujer, pero dada la importancia de la situación, decidí omitir mi parecer y continuar con mi misión. Voy a contar lo más relevante para que haya un contexto algo más amplio. Estábamos en una prisión situada en un satélite, orbitando un pequeño planeta inhóspito. Realmente no es que estuviera situada en el satélite, todo el satélite era la prisión. A ese tipo de prisiones enviaban a las personas que no iban a tener una segunda oportunidad, el que entraba allí, no salía. No se permitían visitas del exterior, mi caso era bastante excepcional. Se estaba decidiendo cual sería su condena, aún no estaba decidido si iban a darle muerte, torturarla lo que le quedaba de vida, o introducir su conciencia en una computadora y alargar su vida manteniéndola cautiva en un mundo virtual, y así poder torturarla y utilizarla para lo que pudiera ser útil según la mente retorcida de los seres que la poseyeran.

Mi misión, mi propósito, mi cometido, siendo sincero era solo uno: satisfacer mi curiosidad. Había escuchado tanto sobre aquella mujer, cosas tan dispares, tan ilógicas... que tenía que saber el porqué, el cómo, y todo lo que la llevó a estar en esas circunstancias. Para aquella misión, debía de ser muy cauto, y muy delicado con cada palabra que dejaba escapar de mi boca.

—Marab, solo traigo una pregunta preparada. De aquí no vas a salir, pero tu historia sí que puede salir. Puede salir la historia que cuenten los demás, o la historia que tú quieras contar. Yo estoy aquí para escribirla. La pregunta es ¿Quieres contarme una historia?

Fue solo entonces cuando ella decidió elevar los párpados. Entonces aparecieron unos ojos del color de la miel cuando los rayos del sol rebotan en ella, que miraron directamente a los míos, sin siquiera tener que buscarlos, como si ella supiera exactamente donde estaban. Mantuvo su expresión neutra, lo único que comenzó a cambiar fueron sus pupilas que empezaron a crecer más y más haciendo desaparecer el



dorado de su iris. Quizá no crecían sino que se profundizaban y atrapaban mi única posesión: mi atención. Ahora, en vez de un lago que reflejaba la luna, pasó a ser un oscuro abismo. Pero no era un abismo aterrador, tampoco era agradable, la única cualidad que puedo decir es que era atrayente. Era una oscuridad que fragmentaba hasta disolver la más antigua de las cualidades del ser humano: la voluntad, haciéndome entrar sin saber donde, ni por qué, y haciendo desaparecer toda la memoria que había acumulado, no desde mi nacimiento, sino del de mi especie. Agradecí que cerrara los ojos de nuevo, porque yo no podía apartar mi mirada, porque en mí ya no había un “yo”, y entonces entendí que estaba ante una situación mucho más grande de lo que me había imaginado. Me sentí como si yo fuera una estrella que llevaba millones de años alumbrando, y estuviera siendo absorbida por un agujero negro. No podía entenderlo, pero aquella mujer era un agujero negro hecho carne.

—¿Quieres que siga contándote? —me preguntó— ¿O ya quedó satisfecha tu curiosidad?



Me dio un escalofrío solo de pensar en que aquella mujer abriera los ojos de nuevo. No se como, ella había descubierto que era la curiosidad lo único que me movía, y por supuesto, ésta no había quedado satisfecha, sino al contrario, se había multiplicado, pero también mi temor había aumentado.

—Si puede ser con la boca y no con los ojos... —le dije.

—De acuerdo. Ponte cómodo. Si gustas en algún momento, puedes comer y beber —me dijo señalándome con la mano una bandeja con algo de comida y agua, algo que me sorprendió bastante, pues dudo que le dieran comida en abundancia como para estar ofreciéndola a su curioso visitante.

He de decir antes de continuar con la historia que me contó, algo que no podréis apreciar a causa de los límites de la escritura. Su voz... Era perfecta... Pero no todo lo perfecta que podéis imaginar, sino muchísimo más. Al igual que su rostro no tenía expresión, su voz no estaba gobernada por ninguna emoción que le hiciera elevar el tono o disminuirlo, acelerar o ralentizar. Hablaba sosegadamente, y con una retórica, que permitía que pudieras entender a la perfección lo que estaba transmitiendo. No eran posibles los malentendidos que suceden comúnmente en la comunicación. La melodía de su acento era extraña. No era el acento el que gobernaba su forma de hablar sino al contrario. No utilizaba todo el rato un mismo acento, sino que dependiendo de lo quisiera expresar usaba un acento con una melodía u otra... Cada palabra suya tenía una fuerza que si ella quisiera, podía ordenarte que te ahorcaras, y no tendrías otra opción que hacerlo. Y no solo eso, sino que no lo harías con resignación, sino con gratitud. Ese era el poder de su voz. No se si alguien llegará a entenderlo, porque ni yo mismo lo entiendo, pero si que lo sentí, y aún lo siento.

—Me crié en un lugar llamado Ur —comenzó a contarme—. Aparentemente no era un planeta muy avanzado, en comparación con otros cercanos. Pero las apariencias... son solo eso, apariencias. Allí cultivábamos, hacíamos música, bailábamos, contábamos historias... Yo tenía un gran deseo de tener descendencia, jamás se lo dije a nadie, pero quería conocer el amor romántico y el amor por un hijo, pero en ese planeta, aquello era algo difícil. Solo podíamos tener hijos cuando un alma dejara un cuerpo, y en tal caso, solo podían traer hijos las mujeres de cierto grupo, y yo no era una de ellas.

—¿Por qué no podíais tener descendencia? ¿Erais muchos?

—No éramos muchos. Éramos los justos, y lo sabíamos. Controlábamos nuestros instintos de tener descendencia porque conocíamos las consecuencias que eso podía tener... Estaba todo muy bien organizado, nos costó mucho tiempo y esfuerzo llegar a esa armonía, y cualquier pequeña acción inconsciente, podía desequilibrar todo aquello, como ya había ocurrido en el pasado. Había diferentes grupos sociales, pero no era algo discriminatorio, como sucede en otros lugares. Era una buena organización en la que cada grupo tenía diferentes funciones. Los grupos que estaban destinados a procrear en caso de ser necesario llevaban toda la vida preparándose para ello, ya que no es una tarea fácil, y es una gran responsabilidad.

—Y los de tu grupo, ¿a qué se dedicaban?

—A la palabra. Los de mi grupo creábamos poemas, canciones, oraciones... cuando era necesario, dábamos muerte a algunas palabras, y creábamos otras nuevas. También lo hacíamos con las letras, aunque esto era menos común. La lengua que usábamos era muy poderosa porque estaba siempre siendo analizada y reconstruida. Cuando una palabra era mal utilizada constantemente, le dábamos muerte y creábamos otra nueva para ese concepto.

—¿Cómo se utiliza mal una palabra?

—En la ironía por ejemplo, pues señala lo contrario a lo que significa, entonces la palabra pierde su esencia, pierde su poder; también cuando se

confunde una palabra con otra en varias ocasiones; cuando se miente... la palabra sufre... Y teníamos especial cuidado cuando se utilizan palabras para llenarlas de oscuridad. Eso que vosotros llamáis “palabrotas”...

—¿No teníais palabrotas en vuestra lengua?

—Sí, claro que teníamos, pero para nosotros eran palabras sagradas, y permanecían ocultas para los inocentes, pues ellos no las necesitaban. Las usábamos, solo cuando era necesario. Por eso tenían un gran poder.

—¿Cuándo era necesario utilizar tales palabras?

—Cuando alguien enfermaba, cosa que rara vez ocurría, podía sacar su dolencia pronunciando esas palabras. Esas palabras eran un vehículo para sacar la enfermedad, y se pronunciaban frente a una lámpara de oro con un fuego encendido, para que no quedaran en la atmósfera y nadie las respirara...

En la historia de mi pueblo hubo varios niveles de lenguaje, aunque pocos lo saben. El primero no tenía forma, ni se podía aprender o enseñar, surgía por sí mismo al mirarnos a los ojos y de esa forma mostrábamos nuestra esencia al completo. Este nivel, que yo aún poseo, es el que hace que desees que mantenga los ojos cerrados, al menos por ahora... Surgió en una época en la que no eran necesarias las palabras, porque no había nada que ordenar, y nada que ocultar. Todo era perfecto. Fue cuando vinieron unos seres de otro planeta, a llevarse ciertos materiales que necesitaban para su supervivencia, cuando el pueblo empezó a necesitar ordenar... y también ocultar. Ellos trajeron unas palabras muy sencillas, hechas con vocales, que mi pueblo aprendió rápidamente, y no tardó en utilizarlas. Creyeron que nos estaban enseñando, y nuestro pueblo también lo creyó, y no se dio cuenta de que lo que estaban haciendo era lo contrario, quitándole la facultad del lenguaje primitivo.

Al empezar a utilizar este lenguaje, los individuos empezaron a ocultarse cosas, a corromperse. Antes, si alguien quisiera ocultar algo, tendría que cerrar los ojos. Si ocultaba al exterior, también lo hacía al interior, pues se quedaba a oscuras, totalmente vulnerable. Con la llegada de la palabra hablada, se podía sentir una cosa, y decir otra diferente...

así, el pueblo aprendió a mentir. Por esta causa más adelante tuvimos que cambiar muchas veces las palabras. Perdían el poder muy rápido y nos dimos cuenta después de mucho tiempo que era por la mentira. Éste, era el segundo nivel de lenguaje, que consistía en sonidos formados por vocales. No tardó mucho en extenderse y ser conocido por casi toda la población. Excepto por una familia del pueblo que se exilió en las montañas, y más tarde se convirtieron en una especie de sacerdotes o guías. Ellos no quisieron aprenderlo, pues se dieron cuenta desde el principio de lo que causaría, y aún siguen sin utilizarlo...

—¿Hoy en día no lo utilizan? ¿No hablan?

—Así es... Han permanecido ocultos desde entonces en diferentes sitios, solo se dejan ver en raras ocasiones, cuando tienen que comunicar algo importante del porvenir.

Al ir utilizando cada vez más este segundo nivel de lenguaje, vamos a llamarlo “vocal”, se fue perdiendo el primer nivel, vamos a llamarlo “ocular”. Entonces se crearon unas posturas con la lengua, los labios y la mandíbula, que haciéndolas entre las vocales, las cortaban. Estas posturas son las consonantes, y el descubrimiento de esto dio lugar a una infinidad de combinaciones de sonidos. Así, siguieron apareciendo palabras... y perdiéndose experiencias... Aumentaba la comunicación, disminuía la comunión. Hasta que un día apareció el tercer nivel, perjudicando más gravemente aún a nuestro pueblo. Fue descendiendo el lenguaje, de los ojos a la boca, y ahora llegó a las manos. Empezaron a dibujar los sonidos, a darle una forma física a las letras y las llevaron del tiempo, que es el habla, al espacio, que es la escritura. Esto fue una catástrofe, porque el tiempo no permanece, las letras en el tiempo bailan, nacen y mueren a cada instante, pero al darle una forma en el espacio y dibujarlas, las apresaron, las condenaron. Las hicieron presas del tiempo, porque no podían moverse. Las letras escritas son como gárgolas hechizadas, hechas estatuas. Hicieron imágenes. Con este descubrimiento empezaron a almacenar ideas. Al almacenarlas, no permitían que cambiaran, y en consecuencia, el pueblo quedó atascado en el tiempo. No lo pararon, porque es imposible parar al Señor Tiempo, pero si que lo ralentizaron enormemente. Mi labor en mi planeta era muy importante,

porque era restaurar el lenguaje primitivo, pero limpiando primero también otros niveles de lenguaje...

En el cuarto nivel se volvió al lenguaje temporal. Esto fue un avance. Nos dimos cuenta de que cada vocal se podía hacer en varias frecuencias diferentes, y gracias a un instrumento hecho con una cuerda tensada, descubrimos las diferentes frecuencias que armonizaban entre sí. Ahora se abrió un amplio abanico, porque cada una de las vocales que teníamos, podía expresarse de diferentes maneras. Comenzamos a ordenarlas en distintas secuencias, y así surgió el cuarto nivel: la música. Esto fue un gran descubrimiento, porque al haber perdido prácticamente el lenguaje de primer nivel, quedaban muchísimas cosas sin poder ser expresadas, y la música nos dio un amplio lenguaje que nos permitió unirnos algo más. Porque la música no podía mentir. Las palabras sí, pero una melodía transmitía algo con significado propio. Tu podías componer y cantar unas palabras felices, pero si eran acompañadas por una melodía o una armonía triste, la música mostraba la verdad oculta detrás de las palabras. La música nos llevó al baile, y el baile nos llevó a liberarnos de muchas de las enfermedades que aparecieron con la mentira. Éste nivel, realmente lo conocíamos mucho antes que los anteriores, pero fue entonces cuando lo comprendimos más en profundidad, y le pudimos dar otros usos.

El baile nos llevó al quinto nivel. Nos dimos cuenta de que al poner unas posturas u otras con el cuerpo, nos transformábamos en letras vivientes. Vivientes, porque éramos letras que podían cambiar, transformarse. Primero lo hicimos con nuestras manos, y más adelante con todo el cuerpo. Entonces empezamos a darle un significado a cada postura, a cada letra que hacíamos, y sucedió algo extraño... Alguien nos entendió. Había uno o varios seres, que no podíamos ver, pero que entendía nuestro lenguaje de posturas, y nos respondían. Quizá esos seres los creamos nosotros con ese lenguaje, o quizá esos seres nos dieron ese lenguaje, eso daba igual, pero había otras formas de vida, que no se podían ver con los ojos, pero sí con otros órganos ocultos.

—¿Y qué os decían?

—Cuando queríamos algo, nos decían como conseguirlo. Nos mostraban qué letras teníamos que formar. Nos llevaban de viaje por otras experiencias, por otros mundos que no estaban hechos de agua, fuego, tierra y aire. Una postura te llevaba a un sitio, otra te llevaba a otro, pero una misma postura hecha durante más tiempo, te llevaba a otro. Tuvimos que ejercitar cada día nuestros cuerpos, para poder formar ciertas letras más complejas.

El descubrimiento de ese nivel nos abrió una gran puerta. Una puerta con un gran poder tanto para crear, como para destruir.



—¿Por esa puerta entró el mal que te trajo aquí?

—¿Por qué crees que fue un mal lo que me ha traído aquí?

—Estás encerrada en la prisión más segura que he visto jamás, no creo que haya sido un bien el que te ha traído aquí...

—Todo eso son apariencias, y como te he dicho antes, las apariencias solo son apariencias... Y no engañan, como dicen por ahí, eres tú quien te engañas a ti mismo al creer que una apariencia es una realidad...

Entonces abrió los ojos de nuevo y al instante me encontré en medio del sitio más desconcertante que jamás podría haber concebido. Estaba suspendido en un océano infinito totalmente blanco, plagado de estrellas brillantes totalmente negras. La oscuridad era blanca, y la luz negra. Era hermoso, pero a la vez inquietante.

—¿De verdad crees que estoy encerrada? —me dijo una voz en aquel extraño lugar— Mira a tu alrededor. Dime donde están los muros. ¿Es que no sabes que puedo decirle a todos los funcionarios de esta prisión que se ahorquen y me darían las gracias por ello mientras lo hacen? Si que lo sabes... ¿Crees que hay una sola persona en el universo que pudiera mantenerme cautiva? ¿No crees que es probable que yo esté aquí porque es justo donde quiero estar? Eres tú el que está aquí preso, el que ha cometido un crimen atroz para entrar aquí, y su última voluntad es hablar conmigo para... ¿satisfacer su curiosidad? La curiosidad mató al gato, pero a ti no. A ti, la curiosidad ha hecho que te suicides. Eso es otro nivel de curiosidad al que un gato no puede llegar, porque no tiene desarrollada la cualidad humana de la estupidez...

¿Sabes por qué te estoy contando todo esto? Te lo diré. Has dado tu propia vida, para conocer mi verdadera historia... No he conocido a nadie más merecedor de conocer mi historia que tú. Pero no te confundas, yo no estoy presa, eres tú el que te has metido en la boca del lobo. Yo solo

tengo que cerrar mis ojos para devolverte a la prisión en la que te has metido. Ambos decidimos estar aquí, la diferencia es que yo puedo salir con un cerrar de ojos.

Y así hizo. Cerró los ojos y me devolvió a la celda donde aquel ser tenía su cuerpo sentado. Necesité unos minutos para asimilar todo aquello, ella lo sabía y los llenó con su silencio. ¿Quién era... o mejor dicho qué era aquel ser, que podía hacer brillar a la oscuridad? Cuanto más tiempo pasaba en aquella habitación, más grandes se hacían el temor y la curiosidad, pero por supuesto, ni por un momento me arrepentí de haberme metido en aquella celda. Merecía la pena entregar toda mi vida por compartir tan un solo minuto con aquella mujer...

—Dicen que mataste a tu propia hija, y por eso estás aquí. —le solté, ya que al ver que era inútil ocultarle mis pensamientos, abandoné la precaución que hasta entonces me poseía.

—Quemé su cuerpo... —me respondió.

—Entonces... ¿ya estaba muerta cuando quemaste su cuerpo?

—No.

Aunque me interesaba bastante que me explicara eso en profundidad, y más tarde volvería a ese tema, quería conocer las piezas del puzzle que faltaban entre medias, y había algo que tenía que saber, así que le pregunté:

—¿No decías que los de tu grupo no podían tener hijos? ¿Cómo sucedió?

—Como te dije antes —continuó—, yo quería conocer el amor romántico, y quería ser madre, pero no era lo que me correspondía, al menos según la tradición de mi pueblo. Pero mi deseo era fuerte... muy fuerte. Más fuerte que la tradición, así que, finalmente conseguí atraer a un hombre perfecto a mi vida. Él vino de un lugar lejano. Más que atraerlo lo creé, porque era tal cual lo imaginaba. Tal cual lo deseaba. Y si no lo creé, es que el deseo no existe como tal, y es simplemente una visualización con agrado de lo que se aproxima.

Como era arriesgado para el equilibrio de mi pueblo que yo engendrara un hijo, decidí abandonar mi ciudad, e irme con mi esposo a otro lugar. Nos mudamos entonces a un lugar que perfectamente podía denominarse paraíso. Creábamos todo lo que queríamos, no había límites para nosotros... excepto uno. Era grande el deseo que teníamos de engendrar un hijo, pero la vida no me permitía quedarme embarazada. Pasaba el tiempo y por más que lo intentábamos, no sucedía. Hasta que un día, mi esposo, trajo la solución a mi desdicha.

Apareció aquel día, acompañado de un hombre de mi pueblo, al que yo conocía desde hace años. Era Rahag, un hombre del grupo encargado de procrear. Me dijo que él podía darme ese hijo que yo tanto deseaba. Él tenía conocimiento profundo sobre la procreación, y sabía que entre él y yo, podíamos crear un ser benévolo y poderoso, y sobre todo diferente, ya que nadie de mi raza había engendrado un niño antes con alguien de la suya. Me dijo que yo estaba programada por la tradición de mi pueblo desde pequeña para no poder tener hijos, por eso no me quedaba embarazada, pero él sabía como romper con eso. Mi esposo, que no conocía los celos, me miraba feliz mientras lo hablábamos, porque yo iba a poder cumplir mi deseo, y así lo hicimos.

Pasó el tiempo correspondiente y nació una preciosa niña, a la que llamamos Mesail. Rahag se instaló cerca de nosotros, para estar también cerca de su hija, y formar parte en su educación. Seguimos disfrutando de nuestra estancia en aquel paraíso durante años. Mesail era una niña muy inteligente, y se estaban integrando en ella los conocimientos, por lo tanto también los secretos, de la procreación y de la palabra juntos. Estábamos criando a una conciencia muy poderosa, y esto no pasó desapercibido para un venerado sacerdote de mi antiguo territorio, el cual vino a nuestro hogar a comunicarse conmigo. No fueron palabras lo que aquel sacerdote traía, pero traducido en palabras me dijo algo así: “Hemos visto lo que has hecho, tu hija es poderosa y va a ser una mujer muy importante. Si deseas tener una hija con tu esposo, yo puedo hacer que suceda. Tu esposo y tú tendréis que reconocerme como vuestro guía espiritual, y enseñareis a vuestra hija a que también lo sea. Yo os protegeré y os guiaré y vuestro nombre será grande.”





Yo estaba feliz. Una hija con mi esposo, y la protección y sabiduría de un sacerdote... Acepté sin dudarlo un solo segundo, y aquel sacerdote me mostró una postura secreta, una letra, que mi esposo y yo debíamos utilizar para poder engendrar a nuestra hija. No tardó mucho en surtir efecto, al mes siguiente ya estaba embarazada. Habíamos conseguido piratear el sistema.

Pasaron los meses y nació Casia, mi segunda hija. Antes ya había cumplido mis deseos, conocer el amor por un hombre y por una hija, pero ahora, ambos se unificaban en uno solo, engendrar una hija con el hombre al que amaba. No amaba más a Casia que a Mesail, pero si amaba de otra manera a su padre, lo que la hacía tener algo especial para mí. Casia también era muy inteligente, y tenía no solo nuestra guía, sino la del venerado sacerdote. Entonces decidimos, que para evitar rivalidades con su hermana, ya que ambas eran muy poderosas, era mejor que Rahag se volviera con Mesail a nuestra ciudad de origen. No fue noticia de agrado para todos, ya que habíamos quebrantado la ley, pero después de varios días de examinar la mente de Mesail, vieron algo muy especial en ella, y querían que formara parte de su pueblo. A veces, lo que aparentemente es un error, realmente es un movimiento clave para el avance.

Nuestra hija Casia crecía, y cada día era más hermosa, más inteligente, más fuerte. Nos impresionaba su madurez y su sabiduría. La amábamos, la admirábamos, aprendíamos cada día con ella... Todo era perfecto, hasta que un día llegó el Sumo Sacerdote de mi pueblo, el ser más poderoso del que tenemos constancia, a tocar a nuestra puerta. Era una sola entidad, pero tenía un cuerpo masculino y uno femenino. Lo que me mostró en la profundidad de su mirada fue devastador. Países enteros destrozados, ciudades que quedaban inhabitables, niños muriendo, y peor aún, niños asesinando... Vi a un hombre venciendo en la guerra por un ridículo espacio terrenal. Pero pasaban siglos, y los descendientes del bando opuesto entraban de nuevo en guerra por esa porción de barro, y ganaban estos. Conquistaban a los que estaban allí y los sometían. Y de

nuevo, siglos más tarde atacaban los descendientes del primero... y así continuamente, permaneció una guerra que no terminaba, tan solo se pausaba, y duraba eternamente en un absurdo bucle.

Lo que me estaba mostrando no era el futuro, sino lo que estaba sucediendo en un universo cercano, en el que yo, no nací mujer, sino que nací varón. Afortunadamente en mi universo no iba a suceder eso, por que a diferencia de mi “yo” varón, yo si iba a poder parar esa guerra antes de que empezara, que se inició con mi deseo de ser madre por segunda vez. El sumo sacerdote me mostró que yo pedí conocer el amor romántico, y ser madre, y ya me fue concedido, mi segunda hija fue fruto de una mezcla de avaricia y ambición desmedida, por lo tanto, era yo la responsable, y la encargada de evitar tal cosa.

—¿De verdad consideras avaricia y ambición desmedida pedir tener un hijo con el hombre al que amabas? —le interrumpí.

—No es el deseo en sí, sino el cuándo lo pedí. Pedir deseos es nuestro derecho, nuestra naturaleza y nuestro regalo. Pero pedir repetirlos es lo que causa el mal. Si lo hubiera sabido pedir correctamente desde el principio no habría pasado todo esto. Habría tenido una hija con el hombre al que amaba... pero aún siendo conocedora de la palabra, ignoré tal cosa, al estar cegada por el apego... apego a un deseo... es curioso, como sentía apego hacia una carencia, pues eso es un deseo, sin ni siquiera darme cuenta...

La guerra, si yo no la evitaba, sería entre mis hijas y todos sus descendientes, es decir, los míos. Tenían un poder demasiado grande para un espacio tan pequeño. Tenía claro lo que tenía que hacer, y tenía claro que lo iba a cumplir. Después de llorar, y sacar toda la enfermedad que me causó aquella información, fue cuando decidí que estaba preparada para contárselo a mi esposo. Le acompañé en su sufrimiento hasta que lo sacó al completo y solo quedó el dolor, y entonces, decidimos hablar con nuestra hija.

—¿Sacó el sufrimiento, pero quedó el dolor? ¿Es que el dolor no es sufrimiento?

—El sufrimiento es el dolor no aceptado. Cuando aceptas el dolor, el sufrimiento desaparece, aunque el dolor permanece un tiempo.

Cuando fuimos a hablar con nuestra hija, fue ella la que nos dijo: «Madre, padre, lo sé todo, y lo entiendo. No os preocupéis por mí, estaré bien. Gracias por hacer posible que viva estos años aquí con vosotros, han sido maravillosos. Yo ya estoy preparada para partir, así que cuando vosotros digáis...»

Le dijimos entonces si quería que compartiéramos juntos una última comida, pero ella nos dijo que prefería estar en ayuno, porque la comida le podría impedir atravesar el portal que tenía que cruzar y podría quedarse atrapada en este universo de alguna forma, así que decidimos en conjunto no alargar más todo eso. Fuimos entonces a por leña, hojas secas y flores y le hicimos un círculo donde pudiera sentarse cómodamente. Nos abrazó, nos besó y se sentó sin decir palabra, ya que hablaba con la mirada. Al ver que me costaba comenzar a encender el fuego me dijo: «lo haré yo» y me cogió las piedras de piritita y sílex que tenía en la mano, que guardan las chispas en su interior, pero justo cuando lo iba a encender me di cuenta de algo...

«Espera —le dije— No puedes hacerlo tú. Tú no eres la responsable. Si lo haces tú, no sé qué tipo de consecuencias tendré que pagar».

Entonces ella me devolvió las piedras, y justo apareció el sacerdote que nos ayudó a engendrar a Casia.

«¿Qué hacéis? ¡Parad esto!» nos dijo.

«¡Hablas! —le dije yo sorprendida. El sacerdote hablaba, pero no tenía voz, hablaba en susurros, solo con aire, sin cuerdas vocales— ¿Por qué? ¿Por qué me diste una hija si sabías lo que supondría? ¿Cuál es tu nombre sacerdote?»

«¿Cómo te atreves a preguntar mi nombre? —me contestó— No tienes que hacer esto Marab, Casia vencerá. No lo hagas.»

Entonces empecé a dudar. Esas palabras fueron realmente persuasivas. De repente comencé a sentir un atisbo de consuelo porque

quizá no tendría que hacerlo, pero de pronto escuché la voz, esta vez de mi esposo, que decía:

«¿A costa de qué y de quienes será grande Casia? ¿Y Mesail? ¿También vencerá?»

Las palabras de mi esposo me devolvieron la claridad y crearon de nuevo la voluntad de hacer lo que tenía que hacer, así que golpeé las piedras hasta que pude hacer un pequeño fuego, y soplé entre lágrimas para hacerlo crecer, mientras mi hija, mirándome fijamente y sin abrir la boca, me daba las gracias más sinceras que he visto jamás. Resumido en palabras era: “gracias por traerme, gracias por dejarme ir”.

No parpadeó mientras las llamas consumían su cuerpo, pues estaba más que preparada para aquello.

Cuando su alma se despegó de su cuerpo tembló el cielo y la tierra. Algo muy grande que aún no comprendía había sucedido en mí. Sentí crecer desde mi corazón una autoridad inmensa. El sacerdote entonces me miró y me dijo:

«No has cumplido tu parte del trato. Sufrirás las consecuencias.»

«Así sea —le dije—, no tengo miedo. Ahora dime tu nombre y después desaparece de aquí».

Entonces el sacerdote se acercó a mí, me miró fijamente a los ojos y escuché su nombre, vi su esencia.

—¿Y cuál era su nombre? —le pregunté.

—Su verdadero nombre no se puede pronunciar con la tecnología de este cuerpo. Está hecho de sonidos que tú no conoces. Pero aunque pudiera pronunciarlo, jamás se lo mostraría a ningún mortal, ya que el que lo conoce y sabe pronunciarlo, tendría poder sobre él, y es una entidad muy poderosa a la que es mejor no tener acceso.

Después de mostrarme su nombre, el sacerdote se esfumó de inmediato y nos quedamos allí mi esposo y yo en silencio. Fue raro, que el





dolor se fuera tan pronto su cuerpo se consumió. La sentíamos con nosotros todo el tiempo, incluso mucho más que antes. Cuando anocheció, y mi esposo se durmió, miré por la ventana de nuestro cuarto y a lo lejos vi una figura que apenas diferenciaba, pero sentía con certeza quien era. Era el sumo sacerdote, que desde lo lejos me informó de lo siguiente: “Has sido liberada, eres un ser humano perfecto. Tu tropiezo fue tu hija, y lo has rectificado. Podrás encontrarla cuando quieras, pero eso sería muy peligroso para ti, pues podría hacerte volver a caer. Tú eres libre de seguir manteniendo ese cuerpo, pero ya no eres ese cuerpo, ahora tu cuerpo es tu hogar, mas no tu prisión. Aún no eres consciente del poder que posees. Cuando tu cuerpo duerma, podrás concebir realmente lo que eres. Enhorabuena, has vencido.”

Entonces me acosté y me relajé, y sucedió como él me mostró. No me dormí. Nunca más dormí. Abrir los ojos para mí es limitar mi realidad a las formas que ven mis ojos. Mantengo mi cuerpo en este universo porque aún tiene un propósito. Para que te hagas una idea, si yo fuera un planeta, mi cuerpo sería como un grano de arena de una playa. Ahora cuido de ese grano de arena con especial atención, no porque sea especial para mí, sino porque es especial para todos los demás granos de arena.

—¿De verdad no te apetece comer algo? Vamos a estar aquí bastante rato...

Yo comenzaba a tener hambre, pero estaba tan imbuido en toda aquella historia, que no me había percatado... se dio cuenta ella de mi hambre antes que yo, así que le tomé la palabra y comí de su bandeja.

—Puedes comértelo todo —me dijo.

—Y tú ¿No comes? —le pregunté yo.

—No de eso... Mi alimento no es de este mundo.

—Entonces, ¿Qué hace aquí esta comida? ¿Por qué te la traen?

—Los funcionarios de este lugar deben pensar que yo como. Si supieran que no como, creerían que debería morirme, y su fe en esa creencia podría matar a mi cuerpo, yo no moriría, pero no dejaría de tener un cuerpo en este mundo y como te dije antes, mi cuerpo aún es necesario aquí.

—¿Y qué haces normalmente con la comida? ¿No puedes comértela aunque tú alimento sea otro?

—La echo en el retrete. Si empiezo a comer alimentos de este mundo podría quedar atrapada en él. Entonces sí que estaría presa.

—¿Estás diciendo que si yo dejara de comer dejaría de estar atrapado en este mundo?

—Si tú dejaras de comer, morirías. Tu creencia en que eso es así, es fuerte, no puedes luchar contra ella. Solo la certeza puede derribar a una creencia. La creencia es humana; la certeza, sobrehumana.

—¿No echas de menos comer esta comida?

—Estoy experimentando a través de ti como sabe esa comida. Podría decirte los ingredientes con las proporciones exactas que tiene esa comida. No puedo echar de menos algo que estoy experimentando, además mucho más conscientemente que tú. El que debería desear comer esa

comida eres tú, que estás pensando mientras comes y no te estás dando cuenta de lo que está sucediendo en tu boca. Siéntela.

Esa última palabra no fue un consejo, sino una orden imposible de ignorar. Tras esa palabra la comida pareció transformarse dentro de mi boca. Antes de su orden, la comida era algo agradable, pero solo por el hecho de que tenía hambre, pues era una comida de una prisión en un satélite... puedes imaginar el tipo de comida que servían en aquel lugar. Allí no se comía por gula, sino por necesidad, aunque con hambre, se agradecía cualquier atisbo de sabor a sal. Pero tras esa palabra, esa comida de prisión se transformó en un manjar. Nunca había experimentado esos sabores ni en el mejor de los banquetes.

—Lo único que he hecho —me dijo— ha sido disolver tus pensamientos. Son ellos los que no te dejan deleitarte en la comida. Ahora bebe agua.

De nuevo me arrebató mi voluntad, aunque se la di agradecido, a la par que obligado. Bebí del vaso como me ordenó, y aquel líquido era el néctar más sabroso que jamás había probado... El agua es insípida, sí, pero la pequeña cantidad de minerales que lleva le da a cada manantial su “personalidad” y su sabor. Un sabor delicioso cuando uno no está perdido en las olas del mar del pensamiento.

—Respira —me dijo después.

El aire... Nunca había sido consciente de la satisfacción que da dejar que penetre el aire dentro de uno. Sentí como el aire entraba, cómo cada molécula de oxígeno penetraba a través de mis pulmones y como éstos las enviaban al corazón. Sentía que podría quedarme horas, simplemente sintiendo la respiración, y no entendía como uno podía aburrirse mientras pudiera respirar. Respirar conscientemente, claro. El primer pensamiento que me vino tras esa experiencia es que aquello era prácticamente orgásmico.

—Exacto, eso es el orgasmo —dijo, invadiendo la intimidad de mis pensamientos—. El orgasmo es el momento en el que desaparecen todos los pensamientos y solo queda una acción, la acción eterna y primordial: Ser.

Entonces lo entendí. Para poder apreciar ese verbo primordial, para disfrutar de su grandeza, debíamos perderlo. No apreciamos el respirar porque siempre lo estamos haciendo, apreciamos el comer porque no siempre estamos comiendo, aunque lo apreciamos poco porque comemos en exceso. El orgasmo es el éxtasis, nos permite recordar por unos instantes nuestra verdadera naturaleza.

—GRACIAS —le dije sintiendo cada letra de la palabra.

El éxtasis de la experiencia es el ser, pero el éxtasis de la conciencia es el saber con entendimiento. Yo acababa de experimentar ambos. El entendimiento al que acababa de llegar me llevó al éxtasis de la conciencia, y eso generó un largo y profundo silencio, que terminé rompiendo para preguntarle algo temeroso:

—¿Qué eres?

Cómo temía que sucediera, abrió sus brillantes ojos dorados... Entonces sentí cómo se abrían los míos a otra realidad y vi frente a mí un hermoso manantial. Era un lugar que yo sentía que conocía, pero ahora se veía diferente. Ahora podía ver su grandeza. La temperatura era perfecta, el aire vestía un perfume celestial, y al mirar a mi izquierda... la vi. Allí estaba ella. Pero también era muy diferente. Como cuando sueñas con alguien y tiene otro rostro, pero sabes que es ese alguien. Era la mujer perfecta. Pero no una perfección humana, sino muy por encima. En cuanto encontraba un defecto en ella, se transformaba. Sus ojos iban cambiando de color lentamente, del dorado pasaron al amarillo, luego al verde, azul, violeta, y después se tornaron de un nuevo rojo que no había conocido antes. Era como cuando escuchas una escala musical: do re mi fa sol la si do; el último do, es un nuevo do con otras cualidades, y luego vendrá otro más agudo aún, con el color de sus ojos pasaba lo mismo, el color iba ascendiendo apareciendo nuevos rojos, nuevos verdes, y nuevos azules, que parecían no terminar nunca. Su piel también se iba adaptando a como la iba deseando, pero anticipándose a mis deseos. Se volvía más clara, más oscura, cuando parecía que el color de su piel no podía ser más hermoso comenzaron a aparecer unas preciosas manchas que le daban a su cuerpo una belleza inimaginable. Luego las manchas comenzaban a ordenarse convirtiéndose en formas geométricas hasta convertirse en unos complejos patrones tatuados... Era impresionante, cuando parecía que no podía embellecerse más, sorprendía con alguna



nueva mutación que la hacía más atractiva. Y no solo le sucedía a ella, la fealdad no era posible en nada de lo que había en aquel lugar. No necesitaba tocarla porque solo mirarla era puro deleite...

Al rato de admirar extasiado su apariencia, ella me acarició el pelo, y yo sentí el amor más puro e inocente del mundo. Si la vista ya provocaba un enorme placer, el tacto fue algo... no... no hay palabra que lo defina. Entonces me besó en la boca y me insufló su aliento, que era cálido y sabroso, y estaba realmente vivo. Sentía como a través de su aliento penetraba su espíritu en mi cuerpo... Nos fundimos... Me tumbó boca arriba en el suelo y yo sentí en mi espalda el frescor de la tierra húmeda en la que antes estábamos sentados. Sentía intensamente la vida de la tierra y el agua en mi espalda, en apariencia tan sencilla, y frente a mí, la hermosa complejidad en la que llegaba a convertirse esa misma vida. Ella se sentó encima de mí, e introdujo la vara en su portal. No voy a decir lo que sentí porque sería estúpido tratar de expresar dicha experiencia en meras palabras, que lo único que hacen es generar tiempo y distorsionar la realidad. Nos deleitábamos profundamente en la experiencia más mágica y especial de mi vida, y justo cuando yo estaba alcanzando el trono de Dios, el éxtasis celestial, me agarró del cuello con su mano izquierda, apretándome con fuerza, y en su mano derecha apareció una daga. Yo, aterrado traté de quitármela de encima, pero era inútil, ella tenía una fuerza sobrehumana. Pensé que me la iba a clavar, pero en cambio se llevó la daga a su boca y se hizo un profundo corte en la lengua, y acto seguido me besó haciéndome tragar a la fuerza la sangre que le salía de su lengua. Más que desagradable, fue repulsivo, pero luego empecé a sentir como su esencia se iba introduciendo dentro de mi cuerpo a través de su sangre, e inesperadamente se volvió algo... más que agradable, exquisito. No podía creer que aquella fuera la forma de mejorar esa experiencia. Cuando sentí lo afortunado que estaba siendo al poder vivir esa experiencia única, me miró a los ojos, absorbiendo así mi voluntad, y un dolor abismal me invadió desde mi pecho. Me di cuenta entonces de que había clavado la daga en él y la hizo descender muy lentamente rasgándome la piel. Entonces tiró la daga y sentí como comenzó a introducir su mano lentamente en la herida, causándome el



dolor más grande que jamás experimenté. Sentí como agarró mi corazón y tiraba de él hasta arrancarlo de la red de venas y arterias de mi cuerpo. Sentí el tirón desde las puntas de mis dedos. Entonces se llevó con la mano mi corazón a su nariz, y cerrando los ojos lo olió profundamente, luego dejó salir el aire que había inhalado por su nariz con cara de satisfacción. Volvió a acercárselo a la cara, pero esta vez se lo llevó a la boca y lo mordió. Le dio un bocado, luego otro... Se lo comió mientras yo, sufriendo enormemente, la miraba horrorizado sin poder hacer nada. Ni siquiera podía morirme, algo que deseé con todas mis fuerzas... Se lo comió lentamente mientras yo quedaba obligado a mirarla mientras sentía el dolor de cada mordisco como si el corazón siguiera unido a mí. Sentía cada vez que masticaba y cómo tragaba cada gota de mi sangre. Vi como le caía la sangre de mi corazón por su boca, y le resbalaba por el cuerpo. Y en ese instante... se volvió hermoso... De repente pasé de ver un aterrador monstruo depravado y sin escrúpulos cometiendo el asesinato más retorcido de una mente perturbada, a ver a la más preciosa mujer, disfrutando placenteramente del manjar más rico del mundo. Esa imagen era deleite en estado puro, y pasé de sentir dolor, a sentir placer, simplemente observándola.

Se comió mi corazón.



No sé si se ha entendido esto correctamente:

SE COMIÓ MI CORAZÓN.

Fue la experiencia más amorosa que tuve jamás. La amé... la amo... y la amaré siempre

No es una errata, la frase anterior no lleva punto, porque el punto marca un final, y siempre, un siempre de verdad no tiene final.

Esta vez, he de decir que lamenté profundamente cuando cerró los ojos y me encontré en esta celda. Pasé del paraíso al infierno en un cerrar de ojos. Cada letra que quería salir de mi boca estaba ligada a una lágrima que quería salir por mis ojos. No podía decir ni una sola vocal. Así que decidí soltar las lágrimas, simplemente exhalando el aliento. Tan solo exhalando salían en abundancia, así conseguí sacar todas las lágrimas que tenía dentro. Nunca lloré tanto, pero cada lágrima que salía llevaba una bestia encerrada que me estaba dañando. Cada lágrima que salía era un desahogo. Cuando solté la última me sentí libre. Libre de poder expresar de nuevo mi alma a través de mi voz.

Iba a decir que ella esperó pacientemente mientras yo regresaba, pero comprendí que ella no esperaba. Ese verbo no estaba en su vocabulario, había borrado ese concepto de su memoria. Ella está auto programada, eso es lo que la hace tan poderosa, no está programada por alguien exterior, como nosotros, entonces borra y crea palabras y conceptos conscientemente. Nosotros creamos conceptos, si, pero borrarlos... es lo que se nos hace difícil. Entonces ella no esperó. Ella permaneció mientras yo regresaba. Creo que trataré de borrar yo también esa palabra de mi vocabulario... Volviendo, aún no estaba correctamente expresado... Yo no regresé, porque ella ya no era la misma para mí, ni este mundo era el mismo. Ni siquiera yo era el mismo, por lo tanto no regresé. Me fui de un mundo y llegué a otro. El que se fue era uno, y el que vino otro. Yo nací. Yo renací. Y lo hice a través de ella. Por lo tanto se convirtió también en mi madre... Se fue su amante, vino su

hijo... Es algo muy difícil de comprender... Si no se ha experimentado claro...

—Me encantaría seguir conociendo la historia desde donde lo dejaste —le dije, ya completamente libre de temor.

—El sacerdote, al que le ordené que se fuera anteriormente —continuó ella—, se dedicó a extender la noticia de lo que yo había hecho, por supuesto transmitiendo solo algunas partes de la historia, cosa que hace que parezca otra historia completamente distinta. Había caído allí donde todos evitamos caer... así que a partir de ahora me referiré a él como “el caído”. Cuando la noticia llegó a mi pueblo, vino Rahag con Mesail a ver que había sucedido. Les conté todo, o más bien todo lo que sé que podrían comprender, y lo entendieron. Regresó entonces a Ur y lo explicó a nuestro pueblo. Allí todos sintieron compasión y amor por mí, pues entendieron el sacrificio que hice, y por qué lo hice. Mi acción fue respetada y admirada por mi pueblo, porque aunque al principio mi pueblo estaba resentido conmigo por romper la ley, acabaron agradeciéndolo porque les trajo a Mesail, que desde que llegó allí, trajo prosperidad al pueblo y se convirtió en alguien muy importante para ellos.

Pero el caído no solo extendió la noticia por mi pueblo, sino también por el territorio donde yo habitaba entonces con mi esposo. En este lugar no lo entendieron de la misma manera, el nivel de conciencia aquí era muy inferior al de nuestro pueblo. Aquí, yo fui considerada una asesina que mató a su hija. Una asesina perturbada y peligrosa, en busca y captura.

Yo me enteré al momento de todo aquello, porque para mí ya no había oscuridad, lo veía todo. Es decir, veía todo lo que estaba pasando en el momento presente. El futuro no lo veía, no porque no pudiera, sino porque no miraba hacia él.

—¿Por qué no miras el futuro?

—Porque si lo hiciera, moriría. Yo nací... por lo tanto puedo morir, y esa es la manera. Unirme al eterno...

Entonces le conté a mi esposo que venían a buscarme y a capturarme, y eso le aterrizó. Al momento se puso a recoger lo necesario para que huyéramos de allí y así pudiera salvarme. Lo que no le conté fue que yo no corría ningún peligro, ya que podía salir de ese mundo fácilmente, el que no podía era él...

Nos fuimos del que fue nuestro feliz hogar durante aquellos años, y nos dirigimos al norte, hacia una sierra inhabitada por humanos que había a varias jornadas de camino. Llegamos a una hermosa meseta rodeada de montañas, donde podíamos instalarnos, ya que allí mismo nacía un río del que podíamos beber, había árboles frutales que nos daban alimento, y había cuevas donde podíamos refugiarnos del frío y también del calor. Era un sitio precioso. Mi esposo no entendía cómo no habitaban humanos en aquel paraje, incluso lo escuché un día agradeciendo el que nos persiguieran, porque gracias a eso llegamos a aquel remanso celestial, donde nadie venía a molestarnos. Yo sí que entendía por qué no había humanos... Era un lugar habitado por animales salvajes y muy peligrosos, gobernado por entidades que no se ven con los ojos humanos. Ningún ser humano del planeta se atrevía a entrar allí, ya que nadie que hubiera entrado, había salido.

Esa meseta era un misterio para los humanos del planeta. No sabían que había ahí dentro. Hubo un tiempo en el que prohibieron la entrada a todo ser humano, pero empezaron a crearse conspiraciones contra los que lo prohibían, así que quitaron el veto, tras lo que muchos se adentraron, pero ninguno salió jamás. Muchos decían que era el fin del mundo donde se encontraba la misma muerte. Unos decían que estaba el paraíso y por eso nadie volvía, otros decían que era la prueba de que el planeta era un toroide en vez de una esfera, y aquello era el agujero del toroide....

Desde que llegamos, todos los seres de aquel paraíso respondían a mi voluntad, eso es lo que lo hacía un paraíso para nosotros. De no ser por mi autoridad, aquello sería un precioso paraíso infernal. Mi esposo por aquel entonces, no sabía nada de eso, y para protegerlo, decidí dejarlo al margen. Pasamos ahí unos años felices. Nuestro anterior hogar, ese al que denominábamos paraíso, era un humilde jardín comparado con éste. Ahora los animales no es que no nos atacaran, es que nos servían

amablemente. Y por supuesto, nosotros también les servíamos a ellos. Todo era perfecto. Éramos compañeros, cada uno de una especie diferente. Solo había una pareja de cada especie, excepto algunas especies que no tenían doble sexo, por lo tanto no tenían pareja, y ninguna pareja procreaba. Tampoco envejecía. No es que no tuviéramos relaciones amorosas, es que las utilizábamos para crear en vez de para engendrar. Nos complementábamos todos armoniosamente, aprendíamos, disfrutábamos, hacíamos música. Era impresionante como al cantar, se unían algunos pájaros en perfecta armonía, otros mamíferos daban golpes creando ritmos... La música que se creaba era celestial...

Yo veía como algunos cazarrecompensas aún me buscaban por todo el planeta, y algunos también por otros cercanos. Muchos pensaban que nos habíamos adentrado aquí y que ya estábamos muertos. Otros pensaban que estábamos aún vivos en el agujero del toroide y a veces pasaban por los alrededores observando por si nos veían salir. La recompensa que ofrecían por mí... no era dinero, era algo mucho más valioso que el dinero. Era grande la importancia que se había creado alrededor de mí. Y no es por lo que hice, pues había criminales que habían cometido atrocidades, y no eran tan perseguidos como yo. Pero el poder que me perseguía a mí, no era el del gobernador de una ciudad, ni el de un planeta, ni siquiera el de un imperio de varios planetas, era el de una poderosa entidad que susurraba en la subconsciencia agrandando el odio de los humanos más poderosos de aquel universo.

Después de unos cuantos años viviendo allí, llegó una noche en la que mi esposo no conseguía dormir. Yo sentía cómo se giraba una y otra vez buscando esa posición mágica que te lleva a la pequeña muerte, pero no tuvo éxito, así que decidió levantarse y pasear. Yo observaba cómo caminaba, pues tenía que mantenerlo a salvo en aquel hostil paraíso, y vi cómo el ser que se dirigía hacia él no pertenecía a aquel lugar. Presté entonces total atención a lo que estaba sucediendo. Era el caído. Se le acercó colocándose a su derecha y se unió a su paseo.

—¿Por qué no le apartaste de tu esposo? ¿No tenías poder para ello?

—Sí, claro que tenía poder para eso. Yo había decidido proteger a mi esposo de los seres de aquel lugar, pero no intervenir en los asuntos de su libre albedrío, porque entonces dejaría de ser mi esposo y sería mi esclavo, y sabiendo que aquel ser no tenía intención de atentar contra su vida, me limité a observar.

«¿A qué has venido? No eres bienvenido a este lugar» le dijo mi esposo con entereza, sin mostrar sorpresa alguna por su presencia y continuando con su paso.

«Puedo ayudar» —dijo éste—.

«¿Crees que necesitamos ayuda? Estamos perfectamente, tenemos agua, alimento, disfrute... estamos viviendo en un sueño.»

«En el que paradójicamente no puedes dormir...»

«Cierto... pero no necesitamos tu ayuda.»

«Ella... es obvio que no, posee un poder que tú no puedes ni imaginar, pero... ¿Y tú?»

«¿Eres tú más poderoso que ella?» le dijo mi esposo.

«No...»

«¿Para qué iba a necesitar tu ayuda entonces?»

«Para despertar del sueño en el que dices que estás viviendo.»

«¿Por qué iba a querer despertar a alguna otra realidad si esta es perfecta?»





«La perfección aburre... Lo sabes. Si la perfección fuera perfecta, ¿por qué se volvería imperfecta? Es la imperfección la que hace perfecta a la perfección. Una vez creado el equilibrio, se crea el desequilibrio para volver a equilibrarse... No es en el equilibrio donde está la gracia, sino en el equilibrar... Ella está despierta, viviendo en otras realidades, tú continuas soñando dentro de este mundo... ¿Por qué no puedes dormir?»

«No tengo por qué contestarte a eso...»

«Cierto... no está oculto para mí el porqué, te lo he preguntado para que te lo contestes a ti mismo, porque para ti sí que está oculto... Si todo fuera perfecto para ti, o bien podrías dormir, o bien no lo necesitarías. Sin embargo... lo necesitas, pero no lo tienes.»

«Márchate.»

«De acuerdo, me voy. Pero me voy por respeto a tu deseo de que me vaya. Tú no tienes autoridad para ordenarme. Tu esposa sí. Y si estoy aquí hablando contigo es porque ella me lo está permitiendo. Si quieres llamarme, piensa en este símbolo —decía mientras dibujaba en el aire unas líneas de fuego con el dedo— y vendré.»

Mi esposo continuó caminando en dirección a nuestra cueva, donde yo permanecía sentada en el suelo, al lado de la cama. Cuando entró me miró y se sentó frente a mí.

«¿Quieres preguntarme algo?» le dije cuando entró.

«Muéstrame lo que consideres que yo deba saber» me contestó.

«Mira adentro de mis ojos» —le dije, y le di acceso a toda mi conciencia.

No le mostré algo en concreto, sino que le dejé entrar libremente para que él mirara lo que quisiera, o lo que estuviera preparado para mirar. Decidí no observar lo que vio. Permaneció unos minutos, algo que aquí dentro podrían ser perfectamente varias vidas, aunque no creo que él estuviera tanto tiempo.

«Tú no tienes que esconderte —fue lo primero que me dijo—, te escondes para poder estar conmigo».

«No has entendido nada... ¿Qué has estado mirando? Yo no me estoy escondiendo, mantengo mi cuerpo oculto a los demás, porque amo estar contigo».

«Pero yo no soy como tú... ¿qué soy para ti? Soy tan pequeño en tu realidad... Tú eres un planeta, y yo un grano de arena».

Él no entendía que la mitad de mi realidad era él, que por muy grande que yo le pareciera, él era igual de grande que yo, porque mi atención estaba en él, al igual que la de él en mí. Éramos iguales, excepto en la visión... y la autoridad... Él no se estaba dando cuenta de que el deseo oculto que le estaba atacando era el de tener la misma autoridad que yo. Y la tenía... pero a través de mí. Esa semilla la trajo el caído, pero él la recibió y la germinó. Y después la regó.

Desde aquel día él ya no era el mismo. La inocencia desapareció de su rostro. A los pocos días estuvo de vuelta el caído, esta vez llamado por mi esposo. Yo miré hacia otro lugar.

—¿Qué?! —le interrumpí desconcertado— ¿No quisiste saber las intenciones que tenía el caído contra ti?

—Yo ya sabía las intenciones, y sabía su forma de pensar. Él pensaba que yo estaría escuchando, y las palabras que dijera, pretendía que yo las escuchara y que causaran un efecto en mí. Es una mente muy poderosa y retorcida. Es difícil enterarse de todo, pero más difícil es aún decidir no enterarse de algo que está a tu alcance conocer, venciendo a la curiosidad, subido en el caballo de la intuición.

Llegó entonces mi esposo y yo estaba sentada, de nuevo al lado de la cama.

«Quiero despertar —me dijo en cuanto entró—. Quiero ver...»

«Y quieres mi autoridad... —dije terminando la frase que él no se atrevió a pronunciar—. Si realmente quieres despertar, despertarás. Pero tienes una multitud de deseos que chocan unos contra otros y no permiten que el más puro florezca».

«Tú puedes hacer que yo despierte, y hacerme igual que tú. Tienes poder para ello».

«Sin embargo, perdería todo si hiciera eso. Todos perderíamos. Si no despiertas a otras realidades es porque no estás preparado. Es porque aún no es el deseo de tu centro más profundo. Si yo te concediera eso, estaría atentando contra la voluntad de tu verdadera esencia. Y eso no va a suceder. Estás en conflicto, una parte de ti quiere despertar, otra no. Indaga, descubre qué parte de ti quiere y cuál no, y ponlas de acuerdo. Entonces no necesitarás de mi poder. Descubrirás que tú tienes acceso al mismo poder que yo. Decide primero lo que realmente quieres ¿Quieres despertar, quieres ver o quieres autoridad? Pregúntate por qué y para qué quieres cada una de esas cosas. La tercera es un sustantivo... no es lo mismo desear un verbo, que desear un sustantivo... No tiene sentido seguir hablando si no me estás escuchando...»

«Necesito pensar...» me dijo entonces.

«Entonces piensa. Cuando necesites algo de mí, házmelo saber.»

«¿Son privados mis pensamientos?»

«Yo estoy en comunión con tu ser más profundo. Observo lo que sé que él desea mostrarme, y lo que no, no lo observo. No son privados tus pensamientos, pero para mí son sagrados, y también son respetados.

—¿Mis pensamientos también son respetados? —le pregunté.

—Como los de todos los demás.

—¿Por qué los ves?

—Lo veo todo. No por decisión propia, sino porque me fue dado así. Pero de todo lo que veo, solo algunos los observo. Y de los que observo, solo algunos los juzgo.

—Entonces ¿lo dejaste pensando sin observarlo?

—Sí. Pensó durante días. Estuvo en un largo silencio hasta que se acercó a mí y me dijo:

«Tengo que saber quién soy y no puedo descubrirlo aquí contigo. Estando aquí solo me conozco como tu esposo, y me siento desprotegido y vulnerable cuando me imagino sin ti. Así que he decidido que voy a marcharme y cuando sea el momento, regresaré a ti.»

Entonces le di un abrazo, lo besé en la boca y le dije:

«Siempre que me necesites, aquí estaré, mientras estés vivo, yo permaneceré». Tras estas palabras sentí como su alma se resquebrajaba y sus ojos se humedecían. No pudo dejar salir ni una palabra mas, pero pude ver su dolor, y sin mas, se dio media vuelta y se fue. Hice que las bestias más fieras y mortíferas del lugar le acompañaran hasta la salida de aquel bosque, donde curiosamente, había unos hombres observando, que se quedaron estupefactos al verle salir escoltado por animales que ni siquiera sabían que existían. Esperaron a que mi esposo se acercara adonde estaban ellos y le preguntó uno de ellos: «Ella está ahí dentro ¿Verdad?» a lo que mi esposo le contestó: «Si queréis saberlo, entrad». A lo que el otro que había le dijo: «Vas a venir ante la reina de EtzGadol. Puedes hacerlo por voluntad propia, o por la fuerza». Y mi esposo le contesto: «En ese caso iré por voluntad propia.»

—¿Cómo se llamaba tu esposo? —le pregunté— No me has dicho su nombre.

—No quiero pronunciar su nombre. Pronunciar su nombre podría traerle aquí. Y no está en mi voluntad que venga aquí ahora.

Me quedé observando a mi esposo mientras iba de camino a ver a la reina “por voluntad propia”. Uno le hacía una pregunta, el otro le hacía otra, y él no contestaba a ninguna. «Hablaré con la reina, no con vosotros» dijo ya cansado de escucharles. Después de unas horas caminando, llegaron a lo que parecía un bosque a través del cual no se podía ver nada por la gran cantidad de árboles que había. Se adentraron en él por un sendero no muy claro que había, y tras caminar no mucho se abrió un espacio dentro de aquel bosque que mostraba una gran ciudad.

Había desde zonas con construcciones muy antiguas, hasta otras zonas con las más modernas y sofisticadas, todas en la misma ciudad, pero todas bien ordenadas y cumpliendo unos estrictos requisitos de estética. La belleza y la funcionalidad destacaban en aquella ciudad. Las diferentes zonas eran todas más o menos circulares, y cada una estaba rodeada de abundante vegetación. En el centro de cada zona había un viejo árbol enorme, que daba “personalidad” a cada una de las zonas. El árbol era lo más sagrado de cada zona. La ciudad desde arriba se veía como varios círculos, unos más grandes y otros más pequeños, cada círculo con diferentes colores, y diferentes formas dentro del círculo, pero todos con un árbol central. Los habitantes de cada círculo no solían salir a otros círculos. No porque estuviera prohibido, sino porque no sentían la necesidad ni el deseo de salir. Cada habitante encontraba en su círculo su entorno perfecto. Hay personas que les sienta mejor dormir entre piedra, otros prefieren el olor de la madera, otros la claridad del vidrio... Así, los que compartían gustos y cualidades habitaban juntos en una zona. Eso generaba paz y armonía.

Observé como atravesaron varios puentes que unían un círculo con otro, ya que los círculos estaban completamente cerrados por la vegetación, hasta que llegaron al círculo central. Éste no era el más grande, ni tampoco el más pequeño, pero solo tenía un edificio, justo en el centro. Era como un rascacielos, que por la punta dejaba salir una copa de un árbol con unas enormes hojas de color violeta. Yo estaba viendo todo a través de los ojos de mi esposo, y vi como entraban en aquel hermoso edificio, hecho de vidrio con una compleja estructura metálica, todo

construido alrededor de aquel majestuoso árbol. El aroma con el que ese árbol llenaba el aire de aquel rascacielos... era dulce... como una mezcla de mango y melocotón... Tienes que sentir esto...

Entonces, abrió de nuevo los ojos y me miró, y al instante siguiente yo estaba dentro de aquella ciudad, estaba dentro de la experiencia de su esposo... Podía sentir la esencia de ese árbol de una manera especial, despertaba en mí otros sentidos latentes en el cuerpo que nunca había conocido, por lo que no tengo palabras para señalarlos... Subí por unas escaleras, que parecían no acabar nunca, acompañado de los escoltas, hasta que llegamos al último piso. Era enorme, las paredes que separaban las diferentes habitaciones estaban formadas por las mismas ramas cargadas de hojas. El suelo era de un vidrio transparente. Y en un gran sillón de color blanco, estaba sentada la joven reina, que les dio las gracias a los hombres que me acompañaban y los despidió amablemente.

No es que yo estuviera viendo a través de los ojos de su esposo, sino que estaba experimentando su vivencia, con sus pensamientos, sus sentimientos y sus memorias, y para nada era consciente de mí ahí dentro. Me convertí completamente en su esposo, creí estar eligiendo cada palabra que decía, cuando realmente ya había sido dicha. Aclarado esto, continúo relatando lo que viví.

«Bienvenido a EtzGadol» me dijo la reina, mientras yo miraba todo aquello maravillado.

«Gracias... Tus hombres me han dicho que tenía que venir a tu presencia, o me traerían ellos por la fuerza. ¿En qué puedo servirte?»

«Me disculpo por su comportamiento. No son ciudadanos de esta ciudad, pero les contratamos para algunas tareas. Si vivieran aquí... no serían así. Las personas de aquí son muy diferentes a ellos. En fin, mi intención contigo es únicamente conversar, si tienes preguntas te contestaré abiertamente, y si no quieres contestar a las mías eres libre de marcharte cuando quieras, yo mismo te acompañaré a la salida de la ciudad, pero creo que deberíamos hablar antes de que te vayas, porque llevas muchos años metido en ese lugar y creo que poco conoces ya de este planeta y de lo que ha sucedido en relación a vosotros.»

«De acuerdo, te escucho.»

«Antes de nada, aquí tienes agua y diferentes tipos de fruta, por si tienes sed o hambre, coge cuanto te apetezca.» Yo, que en ese momento no sentía confianza, no quise probar nada aún, así que me limité a darle las gracias.

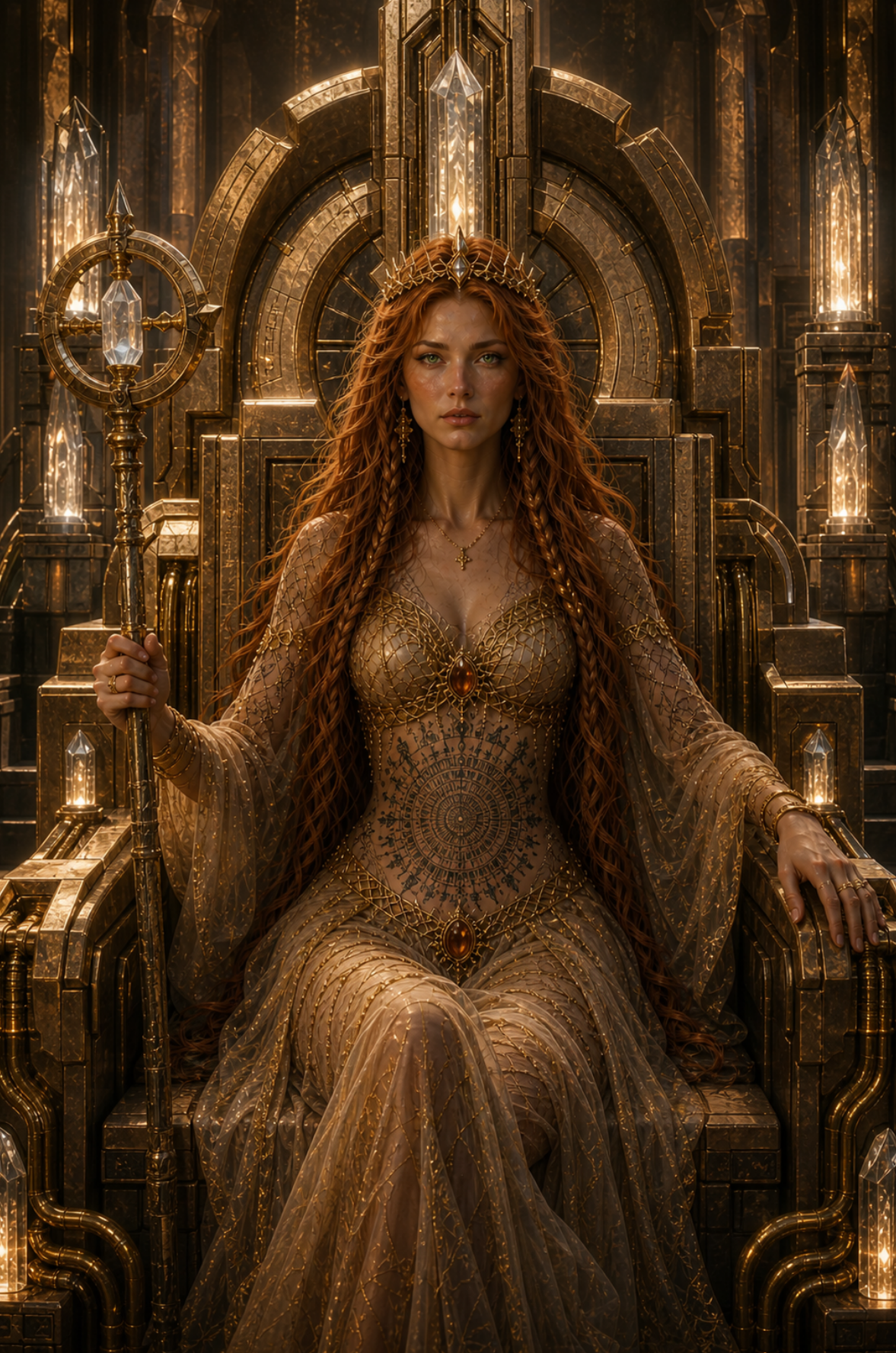
«¿Quieres preguntarme algo?» me dijo la reina.

«¿Por qué crees que debemos conversar? Cuéntame qué debería saber.»

«Tu esposa... ¿Sabes cuál es la recompensa por ella?»

«No...»

«Es un planeta. Un precioso planeta artificial completamente autosuficiente y con inteligencia propia, que han creado y puesto en



órbita únicamente para quien consiguiera capturarla.»

«Vaya... Pero ni por un sistema solar, me atrevería yo a intentar capturarla si fuera alguno de vosotros.»

«Lo sé... yo tampoco. No es mi intención capturarla, no cambiaría mi hogar por el más avanzado de los planetas. Tampoco es mi intención ayudarla, porque ella no necesita ayuda de una simple mortal como yo...»

«¿Cuál es tu intención entonces?»

«Servirle.» —Esta contestación me causó sorpresa. No esperaba encontrarme con aquella situación.

«¿Qué sabes tú de ella?» —Le pregunté.

«Sé que es benévola y poderosa. Cuando sucedió lo de vuestra hija, vino alguien por todas las ciudades contando lo sucedido. Dijo que los de su pueblo hacen sacrificios con sus hijos, y que si éste quedara impune, ella iba a extender esa costumbre en este planeta. Dijo que su poder, si la dejamos, puede gobernar sobre todos nuestros pueblos... en fin, el mensajero parecía conocer la mente conjunta de cada pueblo, y le hablaba a cada pueblo según sus miedos. Eso creó una unión entre todos los pueblos del planeta en contra de ella.

Hicimos un concilio en el que solicitamos ayuda a los planetas más cercanos, que ya estaban prevenidos, o mejor dicho sugestionados, y éstos ofrecieron su colaboración. Así se creó Melakhuti, el planeta-recompensa. No pasó mucho tiempo de aquello cuando vino una joven de Ur, pasando por todas las ciudades y explicando de otra forma la historia de Marab. Nadie la entendió. La echaron de todos los lugares. Yo, aunque no sé si en ese momento la entendí, vi algo en ella... no era una luz, pero sí una luminosidad, una pureza en su ser, que me hizo confiar. Me enseñó palabras y oraciones que nos han hecho evolucionar siglos en meses. Mira este lugar, ¿Has visto alguna vez una organización así? Vamos afuera y observa».

Salimos a una terraza de vidrio en la copa del majestuoso árbol. «Mira, de allí —dijo señalando a las montañas de las que yo venía— viene este río que se bifurca creando todos estos riachuelos, que nos abastecen del agua más rica del planeta. Gracias a los consejos de la joven, fuimos creando la ciudad observando a los árboles, en lugar de mirar el terreno. Observamos cuáles eran los árboles más importantes, y

creamos un círculo a su alrededor. Fuimos trayéndole cada semana un material a cada árbol y lo poníamos a su alrededor. Entonces observábamos las hojas, si cambiaban de color, si se secaban, si se caían... Así vimos qué material beneficiaba a cada árbol y creamos los edificios del material que favorecía al árbol, al hacer esto, cada árbol crecía a una velocidad impresionante. Y no solo crecía físicamente, también lo hacía en poder. Los frutos de cada árbol generaban otro tipo de vitaminas, de nutrientes y de hormonas, que nos hizo crecer mentalmente. Cada persona iba probando a vivir en los diferentes círculos, alimentándose de cada árbol, y siempre acababan encontrando un lugar idóneo en el que se quedaban encantados. Las partes que se iban quedando deshabitadas de la antigua ciudad la íbamos destruyendo y repoblando con la vegetación del entorno, hasta que desapareció por completo. Las familias se reorganizaron, hubo muchos divorcios, y también muchas bodas. Los árboles crearon matrimonios con mucho más acierto que el propio ser humano con su complejo cerebro... Con este árbol en el que estamos ahora mismo, ahora el más majestuoso de todos, no lográbamos acertar con el material de construcción. Probamos con madera, con arcilla, con piedra, con bambú, con acero... y sus hojas no daban señal alguna. Hasta que un día, de pronto, sus hojas, que eran verdes, se volvieron violetas. No habíamos llevado ningún material nuevo, no sabíamos que había pasado, hasta que vino un niño con la respuesta. Nos dijo que su padre, que murió recientemente, le dejó una medalla de oro en herencia, y éste, que vio algo especial en el árbol, se la ofreció para que protegiera y cuidara a su madre, que quedó sola, así que la enterró al pie del árbol, y éste respondió. Respondió al niño, y a todos nosotros. Así descubrimos que al árbol le gustaba el oro.»

«¿Y de dónde sacasteis tanto oro para crear estas estructuras?»

«Cuando descubríamos el material que le gustaba a cada árbol, nos dábamos cuenta de que era de lo más sencillo encontrarlo. Después de algunos agujeros y no encontrar nada de oro, nos dimos cuenta que al ser el material más complejo, tenía que ser el más fácil. Al final acabamos dándonos cuenta de que el agua del río que forma esta ciudad, es rica en oro. Solo tuvimos que colocar unos filtros en algunos lugares de los riachuelos, y el oro caía en nuestras manos. Hicimos una aleación con





otros metales para poder crear estas fuertes vigas y al empezar a construir, el árbol creció y creció desmesuradamente.»

«¿Cuántas personas viven en el círculo de este árbol?»

«Soy la única que vive aquí... Este árbol tiene capacidad para una gran cantidad de personas, sin embargo las personas no encuentran comodidad aquí, excepto yo... De día todos los que entran lo encuentran muy agradable, pero de noche... las personas quieren dormir, y este árbol te permite que relajes tu cuerpo, pero no te permite dormir. Sus hojas crean una atmósfera que ayuda a la regeneración celular, y hace que no sea necesario dormir... Tampoco te permite envejecer...»

«¿Tú no duermes nunca?»

«Desde que habito en él no...»

Se creó un silencio tras estas palabras, hasta que la reina dijo: «Supongo que estarás cansado, puedes quedarte aquí o en cualquier círculo que te apetezca, solo tienes que pedir una cama a cualquier persona que encuentres en el círculo que estés y te la dará sin problema. Si quieres, mañana continuamos con la conversación, y si quieres irte, puedes abastecerte de lo que necesites y partir cuando gustes.»

«Me quedaré aquí, si no te causo molestia» —Le dije.

«¿Molestia? Agradezco la presencia de otra persona aquí en la noche. Hace años que paso las noches sola... Si quieres algo, solo tienes que pedírmelo, yo estaré sentada en aquella alfombra» Me dijo señalando una hermosa zona floreada de aquel magnífico templo.

—La joven que fue a hablar con los gobernantes, era tu hija ¿verdad?

—Sí.

—¿Eras tú la que hablaba a través de ella?

—Yo le mostré a mi hija el mensaje, y ella lo transmitió con su entendimiento y su voluntad. Era mi mensajera, no mi marioneta. Si hubiera querido habría hablado yo con los gobernantes de los pueblos, y no habrían tenido otra opción que rendirse a mi autoridad.

—¿Por qué no lo hiciste así?

—Les estaría privando de su libertad, y eso solo lo hago cuando es estrictamente necesario. Yo me suelo limitar a observar, aunque a veces muestro cosas para influir positivamente, doy pistas de por dónde ir. Pero cada uno es libre de elegir su camino.

—Pero... esos gobernantes ¿son libres acaso? ¿Son esclavos de un ser malvado!

—¿De un ser malvado?

—Sí. Del caído.

—¿Crees que el caído es malvado? El caído es el que les da la oportunidad de ser libres. Es un personaje oscuro, sí, pero no es malvado. ¿Es malvado también el verdugo que da muerte al condenado? Solo el que no vea que la muerte es una puerta hacia otra forma de vida podrá ver maldad en un verdugo...

—Aunque no fuera malo, están siendo esclavos de él. Si puedes hacer que alguien sea libre, ¿No estaría bien que le concedieras la libertad?

—¿Por el hecho de poder dar la libertad, dices que debería concederla? No estás entendiendo que ningún ser humano quiere libertad. No puedo concedérsela, porque ya la tiene. El ser humano es el único que es libre de actuar como un animal o como un dios. El animal no es libre, es gobernado por el instinto, y el dios no es libre, porque es una ley; el ser humano es el que puede elegir si seguir el instinto o seguir la ley. Lo que pasa es que no se da cuenta de eso. Se inventa leyes que le llevan a la oscuridad y luego las sigue, las llama demonios, y dice que le han poseído.

Y no se percata de que él mismo los ha creado y los ha seguido
LIBREMENTE.

—¿Qué busca el ser humano entonces, si no es la libertad?

—Ser humano.

—...

—Lo que busca es ser humano. Tú pregunta está mal formulada. El ser humano no busca, el ser busca al humano, y el humano busca al ser. El ser humano es una historia de amor entre el cielo y la tierra, es un matrimonio. Un matrimonio en guerra. Lo que busca es lo que ya es, y no se da cuenta porque está cegado por la guerra. Cuando mira desde abajo quiere el cielo, cuando mira desde arriba quiere la tierra. Pasa por el centro de gracia sin darse cuenta y continúa buscando. Cuando consiga permanecer en el centro y observar, verá que la guerra, no era sino un baile.

—...

—Ahora me quieres preguntar si no puedo hacerle ver a un ser humano que ya es libre.

—Así es...

—Solo al que profundamente desea ver. Como te dije al principio de nuestra conversación, yo veo la intención de cada pregunta. Diferentes personas pueden hacerme la misma pregunta y obtener respuestas diferentes. El que desea ver para así tener acceso al poder no es digno de saber la verdad. Tú aún no puedes ver.

—¿Por qué?

—Tienes que descubrirlo tú. Los deseos son los muros que no te dejan ver. Pero son muros preciosos. Son tan hermosos que te cuesta dejar de mirarlos. Te cuesta destruirlos, porque no confías en que lo que hay detrás del hermoso muro que has creado, pueda ser más bonito que el propio muro...

De nuevo me quedé en silencio, tratando de buscar por qué no podía ver claramente todo lo que me estaba diciendo. Cada vez que estaba a punto de entenderlo todo, había una pieza que no encajaba en la estructura. Y fue justo ese pensamiento el que me hizo comprender algo.

“Cuando estaba a punto de entenderlo todo...” No estaba tratando de ver, sino de entender.

—Quiero entender...

—No es verdad.

—Sí... quiero entender.

—A un niño le haces un truco de magia, y al niño le fascina. Quiere verlo una y otra vez. No sabe cómo sucede, es magia. Entonces al niño le nace la curiosidad de saber como sucede, y cuando lo descubre... desaparece la magia, y solo queda el truco. Ahí pierde la inocencia. Desaparece la ilusión. El niño quería entenderlo porque creía que era algo mágico. Al ver que no es mágico, algo muere en él. Si tú realmente quisieras entender todo esto, ya lo habrías entendido, pero una parte de ti no quiere entenderlo, porque sabe que desaparecerá la magia.

—¿Y por qué no puedo entender lo que me dices?

—Lo que te digo no tienes que entenderlo, tienes que creerlo.

—¿Cómo voy a creer en algo que no entiendo?

—Confiado.

—¿Y por qué he de confiar en lo que me cuentas?

—No tienes que hacerlo. El problema es que tu ilusión no te gusta. Tiene fallos. Entonces buscas otra ilusión utópica en la que creer. En tu mundo hay conflicto, escasez, aburrimiento, sufrimiento... y no entiendes por qué eso tiene que ser así. Te niegas a aceptar que eso deba permanecer así. Entonces buscas solución a todo eso, buscas crear un mundo sin conflictos, pero cuando alguien te lo ofrece, te niegas a ello, porque para verlo, tendrías que deshacerte de tus creencias, de tu programación, y temes que la que te ofrezco, sea peor aún que la tuya. Deseas confiar, pero te da miedo confiar, ahí está tu conflicto. Y no puedes ver sin confiar. Tienes que creer para ver, y no al revés. ¿Vas a comer la comida de siempre o vas a probar una nueva? Si pruebas una nueva, te perderás la de siempre, pero actúas como si la perdieras para siempre, como si nunca más la pudieras probar.

—Sí... Pero estoy aquí, en esta prisión contigo... Porque he confiado en ti.

—¿Fue la confianza o la curiosidad la que te trajo aquí? ¿O fue quizá la desesperación? No sabes por qué estás aquí. Ahora mismo estás aquí por un motivo, pero dentro de un momento, creerás que estás por otro. ¿Cuál es real? ¿Cuál fue el que te trajo aquí? En realidad todo esto tiene sentido para el personaje que estás inventando en este momento. Dentro de un rato, verás que nada de esto importa. Que solo es una historia de qué hablar. Una historia ilusoria...

De nuevo, me llevó a otro laberinto mental, en el que necesité un tiempo hasta poder salir de él. No sentí resolverlo, sentí salir por donde entré, pero me conformé con eso, al menos por el momento...

—¿Qué sucedió con tu esposo en EtzGadol? —le pregunté volviendo a la historia en cuestión.

—Pasó la noche en aquel árbol. No durmió, como ya le había advertido la reina, pero sí recuperó fuerzas y se sosegó bastante de todas las emociones que le atormentaban al separarse de mí. Cuando amaneció decidió darse un paseo por aquella peculiar ciudad. Fue explorando los diferentes círculos, y se fascinaba de lo diferentes que eran unos de otros. Cruzaba el puente de uno a otro, y parecía estar en planetas y en épocas muy lejanas unas de otras. Cambiaba la temperatura, la humedad, el color de la vegetación, las formas de las viviendas... Incluso las personas parecían de etnias diferentes en cada círculo, ya que los alimentos y las condiciones le iban cambiando los rasgos y el color de la piel. Cada círculo abastecía de comida con sus diferentes frutos a sus habitantes, y por cada círculo pasaba un riachuelo que les daba agua limpia y pura, y al no tener que ocuparse de buscar sus alimentos, los habitantes dedicaban gran parte de su tiempo al arte. Era asombroso observar los diferentes tipos de arte de cada círculo. En las pinturas, en instrumentos musicales, en gastronomía... las ropas que creaban, no eran para sentirse guapos, era para deleitar al prójimo, para embellecer el ambiente... Había círculos donde iban desnudos, pues las condiciones meteorológicas lo permitían, y adornaban sus cuerpos con preciosos tatuajes. A mi esposo le bastó dar una vuelta por aquella ciudad, para saber que quería quedarse allí, al menos durante un tiempo. Así que se dedicó a buscar su círculo perfecto. Un día durmió en uno en el que las casas estaban hechas de mármol blanco. Otro día fue a uno en el que las casas eran tiendas hechas de tela de algodón y cañas de bambú. Luego durmió en otro en el que no había casas, sino cuevas... Y así, fue probando círculo por círculo, hasta volver al círculo de oro, donde se encontró de nuevo con la reina.

«Bienvenido de nuevo —le dijo la reina amablemente—, me alegra que sigas por aquí, ¿puedo servirte en algo?»

«Me encanta esta ciudad, es perfecta... Deseo quedarme aquí para siempre, pero no encuentro mi círculo...»

«Es por tu esposa ¿verdad?»

«Esto no tiene sentido sin ella...»

«¿Y por qué no vuelves con ella? Quizá tu círculo sea aquel que abandonaste.»

«Es complicado...»

«¿Puedo preguntarte algo?»

«Por supuesto.»

«¿Qué hay tras esas montañas? Esta ciudad posee una belleza que nunca habría podido concebir de no haberla experimentado... y es nutrida por el agua que sale de aquellas montañas, donde tú has pasado años... Eres la única persona que conozco que ha salido de allí, y no sé si ninguno de los que han entrado ha salido porque ha muerto allí, o porque aquello es el mismo paraíso, y yo no tengo valor, ni soy lo suficientemente temeraria como para adentrarme allí. Estoy bajo el hechizo del “Más vale bueno conocido...”»

«Es el paraíso... o eso pensaba yo. Pero más tarde comprendí que lo es porque ella está ahí. Ella hace que las bestias más despiadadas se tumben a descansar a nuestro lado...

Una noche sentí frío, deseé tener alguna piel para abrigarme, y al instante, apareció un gigantesco lobo blanco de pelo largo y me abrazó. En vez de abrigarme con una piel muerta, me arropaba una viva, y me calentaba el calor de su sangre. Tenía hambre y aparecía un pequeño primate con un delicioso fruto. Felinos del tamaño de un tigre jugaban conmigo a diario para ejercitar así mi cuerpo y mantenerlo fuerte. Si el agua estaba fría, el calor de la lava de los volcanes que había por allí la calentaba... No he conocido lugar más perfecto que ese...»

«Y te fuiste de allí... ¿Por qué?»

«La perfección aburre...»

«¿De verdad piensas eso?»

«No lo sé... es complicado...»

«¿No piensas en volver?»

«Cada día... Es mi esposa la que ha creado esta ciudad, ¿no es cierto?»

«Yo solo seguí los consejos de la joven que vino, pero pienso que tu esposa ha tenido bastante que ver con todo esto...»

«No puedo quedarme aquí... ella está aquí, el oro de esta estructura ha emanado de ella misma. Puedo sentirlo.»

«Amigo, grande es la confusión que te posee, cuando tienes el paraíso a tu alcance, y partes de allí en busca del infierno. No voy a persuadirte de que no partas, porque sé que es inútil, así que coge lo que desees de esta ciudad y suerte con tu búsqueda. Si algún día cambias de idea, aquí serás bienvenido».

—¿Es verdad que tú creaste esa ciudad?

—No la creé, la engendré. Estaba hecha de mí. Yo destilé tanto el oro, como otros componentes que les envié a través del agua. Gran parte de las células de todos los habitantes de EtzGadol, antes pasaron por mi cuerpo.

—Tú les mandabas memorias a través del agua. Cada círculo era formado por un árbol que filtraba esas memorias e iba creando su pueblo. El pueblo era la expresión humana de aquellos árboles, junto con tu esencia...

—Así es. Esa ciudad es hija mía...

Dejó entonces un silencio en el que su presencia desapareció. Su cuerpo seguía sentado, sin el más mínimo movimiento, como antes, pero esta vez sentí que ella no estaba. Entonces sentí un miedo aterrador. Sentí que no existía nadie, y que estaba yo solo en el universo y comencé a llorar, quería llamarla, pero creía que no existía y era inútil llamarla. Llegué a pensar que yo era el mismo Dios y que yo lo había creado todo por la angustia que sentía al estar solo. Y cuando pensé esto traté de averiguar como podía crear a alguien, aunque solo fuera una voz. Traté de imaginar una voz que me hablara pero no podía. Intenté entonces imaginar un sonido, pero tampoco tuve éxito. No podía moverme, no tenía control sobre mi cuerpo. Ya ni lo sentía, y deseaba sentir algo, aunque fuera dolor, con tal de sentir. Quería suicidarme, pero tampoco

podía. Y al fin, ella regresó a su cuerpo llenando la habitación de presencia y ese eterno abismo se desvaneció, o mejor dicho, se rellenó.

—¿Qué ha pasado? —pregunté atemorizado.

—Te dejé solo... me fui un momento.

—¿Y por qué he sentido esta soledad tan aterradora?

—Llevas un buen rato con mi presencia. Lo que has experimentado conmigo no te lo ha dado ninguna mujer mortal. Has sentido una presencia enorme, y cuando esa presencia se va, deja una ausencia igual de grande. Has sentido mi ausencia.

—Entonces ¿Cómo voy a separarme de ti?

—Aún no ha llegado ese momento, no sufras por eso.

—Entonces —continuó—, mi esposo comió algo, cogió una preciosa lona de las que usaban en aquel lugar para hacer tiendas, se cargó una botella con agua, y llenó una bolsita con oro y, cuando terminó de preparar todo, partió de la ciudad. Caminó durante horas siguiendo el río que alimentaba a EtzGadol, hasta que vio una bonita ribera y decidió que ese sería un lugar idóneo para descansar. Entonces cortó unas cañas y las ató haciendo una estructura, ajustó la lona por encima y se sentó dentro de ella, dejando abierta la parte que daba al río. Allí se quedó meditativo durante unas horas, hasta que la noche oscureció aquel hermoso lugar.

Fue entonces cuando apareció de nuevo el caído a visitarle.

«Sigues sin poder dormir...»

«¿Qué haces aquí? No te he llamado.»

«Ayudarte. ¿Sabes hacia dónde te diriges? ¿Sabes acaso qué hay más abajo de este río? ¿Sabes... qué es lo que estás buscando?»

«Me dirijo hacia la muerte...» —Le dijo con una sosegada desesperación.

«Bien, si lo tienes claro entonces... Suerte con tu empresa.» Y con estas palabras se marchó, pero segundos más tarde, mi esposo lo llamó, ya con más desesperación que sosiego.

«Ahora sí que me has llamado... ¿Qué deseas?»

«Quiero ser igual de grande que Marab. Así podré estar con ella...»

«Fue ella quien sacrificó su deseo máspreciado, no tú... Ella deseó a Casia y la trajo aquí, y luego fue ella la que la sacó de aquí... Hay personas que han dado su propia vida en sacrificio, pero ella... ha dado la vida de su amada hija, y no he conocido a ninguna persona que amara tanto como ella amaba a su hija. ¿Tienes idea de lo que estás pidiendo? ¿Quieres ser como ella? ¿Estás dispuesto a hacer un sacrificio como el que ella hizo?»

«Sí.» Respondió mi esposo. Al escuchar esto se humedecieron mis ojos y mi visión se volvió rojiza. Me comenzaron a salir lágrimas de sangre.

Seguidamente me empezó a brotar sangre de la nariz, de los oídos, y después me empezó a salir sangre por todos los poros de mi piel.

—¿Por qué te sucedió eso?

—Hacía ya mucho tiempo que yo no podía llorar. Cuando las personas lloran, liberan memorias que duelen, a través del agua. Las memorias que a mí me dolían eran mucho más profundas, no estaban en el agua, sino en el corazón. Dejé de escuchar en ese instante, pero continué mirando. La sangre que continuaba saliendo por todo mi cuerpo me volvió de color rojo, cada vez me sentía más débil, las bestias de la meseta comenzaron a acercarse, yo perdía poder sobre ellas, se iban a comer mi cuerpo, y yo estuve a punto de dejar que así sucediera, pero en el último momento, aparté mi mirada de mi esposo, y entonces mi cuerpo cayó tendido en el suelo. Estaba casi dormida, perdí casi toda mi energía. Había un animal, parecido a un león, pero más grande y más fuerte, con el pelaje marrón y negro, y varios cuernos en la cabeza. Leonauro le llamamos. Era el más fiero y más fuerte de aquel lugar, y a ese le susurré que protegiera mi cuerpo, porque ya no tenía fuerza para controlar a todos. Pero aquella fiera estaba lejos de mí. Entonces los demás intentaron devorar mi cuerpo y justo cuando iban a lograrlo, apareció éste, que venía corriendo a gran velocidad. Luchó contra algunas bestias, y las demás, al ver que no podían hacer nada contra él, acabaron desistiendo. Yo estaba tendida al lado del río y mi sangre corría hasta llegar al agua, y ésta se la llevaba río abajo. Entonces vino el leonauro y me lamió, me limpió todo el cuerpo y después se tumbó a mi lado dándome calor. Había un precioso pájaro verde y magenta que me traía agua con su gran pico blanco y me la hacía beber. Me fui recuperando, hasta que pude sentarme de nuevo y mantener la cabeza erguida. Las experiencias más dolorosas... son los regalos más grandes que nos hace la existencia. Eso fue algo que más adelante aprendí.

—Tu esposo... —dije sin continuar, sabiendo que no era necesario.

—Mi esposo se condenó en aquel momento... Él no podía ser igual que yo, porque él quería mi poder. Yo no lo quería. No tengo este poder porque lo haya querido, aunque sí lo acepto. Mi acción no fue para obtener poder, fue un sacrificio. Fue para evitar una catástrofe. Eso es lo que él no entendía. El poder le es dado a quien lo merece, no a quien lo desea.

—¿Qué le sucedió a tu esposo entonces?

—Obsérvalo tú mismo —me dijo mientras abría los ojos. Al momento sus ojos se convirtieron en los ojos del caído y yo de nuevo estaba en el cuerpo de su esposo, mirando a aquel siniestro personaje que me decía:

«El precio será el mismo que pagó ella, tendrás que sacrificar a quien más amas...»

«¿Cómo voy a hacer eso, si mi deseo es estar con ella?» le dije.

«Si tu deseo fuera estar con ella, no habrías salido de allí huyendo. Tú eras su juguete... Eras su humano... Deja de engañarte y afronta la verdad... No sabes lo que quieres... Aclárate...» y mientras decía esa palabra hecha de aire sin voz, se levantó y se fue.

Yo me quedé sentado en la tienda, y vi cómo el agua del río se tornó rojiza por unos instantes, entonces sentí como si la presencia de mi esposa pasara por la corriente del río, lo que me provocó un escalofrío, seguido de un amargo llanto. Desde aquel momento sentí que Marab ya no me acompañaba. Estaba solo. La había traicionado, y me había traicionado a mí mismo. No había perdido a la mujer de mi vida, había perdido a la diosa de mi vida. Sentí que estaba llorando sangre, sentí que me moría, y caí al suelo tras perder la conciencia. Al día siguiente me despertó el sol dándome en la cara. Quise creer que todo había sido un sueño. Deseé con todas mis fuerzas que fuera una pesadilla, buscaba pruebas de que aquello no era real, pero no las encontraba. Recogí mis cosas y caminé río arriba hasta llegar al bosque que contenía en su





interior a EtzGadol. No quise entrar en la ciudad, así que la bordeé y continué siguiendo al río hasta llegar a la sierra donde estaba el paraíso de Marab. Me senté en el suelo y me quedé mirando hacia dentro de aquella vegetación y cuando conseguí juntar el valor necesario, me levanté para adentrarme, pero en el momento en el que me levanté, escuché rugir a una fiera ahí dentro. Un rugido que yo bien sabía que era del rey de las fieras de aquel vergel. Un montón de pájaros echaron a volar asustados por el temblor en el aire que produjo aquel animal, y mi corazón se aceleró enormemente. El valor que había reunido se esfumó en un instante, así que me senté de nuevo, a esperar a que regresara. No pensaba irme de allí tan fácilmente. En el momento en el que fui a levantarme de nuevo, esta vez antes de llegar a ponerme en pie, volvió a sonar, más fuerte aún aquella bestia. Yo sé que no era el leonauro el que rugía, sino el dolor de Marab utilizando a ese animal. El dolor humano lo expresa el alma con la voz, el dolor sobrehumano necesita otros medios para ser manifestado. Yo entendía perfectamente cómo ese rugido decía un doloroso ¡VETE! Pero yo me negaba a irme. Me volvía a sentar y lo volvía a intentar. Cada vez el tiempo que pasaba sentado era mayor, pero no me rendía. Me quedé allí enfrente con mi tienda. Me pasaba el día sentado, excepto para coger algunos frutos para comer y hacer mis necesidades. Empecé a intentarlo una vez al día. Pasaron semanas, meses, y yo seguía allí, pidiendo permiso para entrar una vez por día. Entonces empecé a intentarlo solo una vez por semana. Más tarde comencé a intentarlo una vez al mes. No sé cuántos meses pasaron, porque no los contaba. Un día, cansado de esperar, decidí no hacerle caso a aquel grito, y me puse a caminar adentrándome en aquella selva. Había pasado años sentado en aquel lugar, frente a ella sin poder ni siquiera verla y sentía que merecía por lo menos que escuchara mi arrepentimiento. Necesitaba su perdón. Al no detenerme, se produjo un segundo rugido en el que se sumaron bastantes fieras al leonauro. Seguí adelante, y el tercer aviso fue un temblor enorme, parecía que algunas de las montañas de la sierra iban a erupcionar, pero yo estaba dispuesto a morir antes que rendirme. Me adentré en aquella selva hasta que me topé con una barrera formada por un ejército de bestias intimidándome. No podía atravesar esa barrera, veía

cómo ella me observaba desde los ojos de todos aquellos animales, así que le hablé a los animales, sabiendo que ella me escucharía a través de ellos: «Ven aquí y márame tú misma, porque de aquí no pienso irme».

Entonces sentí como empezó a temblar el suelo al acercarse velozmente aquel animal enorme y feroz rugiendo y destrozando todo a su paso hasta que llegó a donde yo estaba y se colocó justo en frente de mí, yo me arrodillé ante él, y entonces la vi. Estaba montada encima de la bestia, mirándome fijamente a los ojos.

Después de un corto silencio me dijo con un susurro, sin su preciosa voz:

«A quien buscas, ya no está» y acto seguido me hizo revivir el momento en el que yo pacté con el caído. Lo vi primero desde mis ojos, y después me mostró ese mismo momento visto desde los ojos del caído. Me vi a mí desde fuera, y lo que estaba viendo me aterrorizó, porque los ojos de aquel ser no veían solo el cuerpo, sino todos los pensamientos y emociones que albergaban el cuerpo, por lo tanto vi cosas en mí de las que ni siquiera era consciente. Justo después me mostró lo que sucedió aquí en ese mismo momento. Vi como su sangre salía por cada poro de su piel, vi como casi la devoran, como cayó medio muerta. Me lo mostró desde los ojos del leonauro, luego desde cada una de las fieras que llegaron a morderle, luego desde los ojos de cada uno de los pájaros que estaban allí... Vi como mi esposa experimentaba mi traición una y otra vez desde un montón de ángulos diferentes, hasta que decidió dejar de mostrarme esas visiones, y caí al suelo derrotado. No podía soportar ver un segundo más cuánto dolor había causado, y cuando creí que no podía empeorar la cosa, me mostró una última visión, esta vez desde sus ojos. Y no solo desde sus ojos, sino desde su corazón. Ver y sentir aquello fue la peor experiencia que jamás he tenido... Maté a mi esposa al pronunciar una sola palabra. Un maldito “Sí”. Vi que frente a mí, ya no estaba mi esposa, solo quedaba su cuerpo, por lo tanto la memoria. Pero la voluntad no parecía ya la de mi esposa, era de otra entidad que ahora gobernaba su cuerpo. Mi esposa nunca me hubiera sometido a tal tortura. Sobrevivió su rencor quizá, poseyendo aquel lugar. Entonces dejó de mirarme, y se fue al lomo de aquel animal sin decir nada más. Todos los animales se



dieron media vuelta y me dieron la espalda. Ya nada había allí que me retuviera, así que cuando obtuve algo de fuerza, me levanté y me fui del mismo infierno que, tiempo atrás, fue mi paraíso.

Intenté quitarme la vida de varias formas diferentes, pero siempre pasaba algo que me lo impedía, entonces entendí que estaba condenado a vivir con las consecuencias de mis acciones. Así que recogí la tienda y mis cosas, y volví a caminar río abajo hasta que llegué de nuevo a EtzGadol. Esta vez no quise evitarla, necesitaba ver a alguien de mi especie, escuchar la melodía de una voz, ver una sonrisa... Algo que le diera un pequeño sentido a seguir viviendo. Entré y fui directo al círculo central. Quería ver a la reina. Ella me vio entrar desde su vivienda en la copa y bajó corriendo por la enorme escalera a recibirme. Me miró a los ojos con compasión, pues sintió que cargaba un gran dolor y me abrazó fuertemente.

«Vamos arriba, necesitas descansar» me dijo. Fui con ella y me acomodó en una cama hecha con tierra y una especie de césped que la hacía bastante confortable. Me trajo agua y comida y se quedó sentada a mi lado, mirándome, honrándome con su presencia y su atención. Yo quería hablar, tan solo decirle “gracias”, pero no podía articular palabra. Entonces ella me dijo dulcemente: «No hables. Lo sé... Estoy contigo».

Me quedé allí tumbado durante días sin poder decir nada. Llevaba años sin hablar con nadie y tras la experiencia que tuve, quedé en un silencio involuntario. Pasaron unos días más hasta que por fin comprendí lo que me sucedía. Fue una sola palabra con la que maté a mi esposa. Tenía miedo de hablar... Un miedo paralizador. La reina, que tenía una intuición sobrenatural, me trajo un instrumento musical para poder expresarme. No era para comunicarme con ella, porque ella me entendía perfectamente sin hablar, pero sabía que yo tenía la necesidad de expresarme, de manifestar mi alma a través del sonido de las frecuencias, de las notas musicales. Creo que ese instrumento fue mi salvación. Aprendí rápido a utilizarlo, porque ya antes había tocado instrumentos musicales, pero era algo que no tenía muy nítido en la memoria. Después



de aquella experiencia traumática, recordaba mi pasado como si fueran sueños borrosos. Primero aprendí a expresar la tristeza tan solo utilizando una pareja de notas, y luego vi cómo al cambiar una de las notas por la que estaba a su lado, acrecentando mínimamente la distancia entre ellas, la tristeza se convertía en alegría. Es sorprendente ver que la tristeza está tan cerca de la alegría... a un solo paso, cuando se siente tan diferente la una de la otra... Así que me movía entre la tristeza y la alegría, hasta que por equivocación, toqué otra nota, y me mostró un oasis de descanso dentro de la tristeza. Vi entonces que en la tristeza también había esperanza. Así, comencé a investigar entre todas esas notas, y conocí el delirio, conocí la risa, conocí el caos, conocí la paz... Todo estaba ahí, en ese instrumento, y de esa forma, empecé a contar historias con él.

Un día, cuando yo tocaba, la reina comenzó a cantar, sin palabras, solo vocales, enriqueciendo así la historia que yo contaba. Empezamos a crear mundos enteros con el sonido y luego los dejábamos morir con el silencio. Alguien nos escuchó desde debajo del gran árbol, y al día siguiente subió con su familia a escucharnos. Un día después trajeron a más personas con ellos. Así la gente del pueblo empezó a venir a escucharnos, por lo que empezamos a hacer conciertos todas las tardes para ellos, y por supuesto también para nosotros mismos, pues si no... no tendría sentido... El público se convirtió en un músico más, pues cantaba una sola nota al unísono, y nosotros íbamos bailando, ella con su voz y yo con mi instrumento alrededor de esa nota. Con el tiempo, me olvidé de que no podía hablar, porque ya no lo echaba de menos. Creo que encontré un lenguaje en el silencio... No necesitaba hablar, porque con mi compañera de hogar me entendía perfectamente, y a los demás, no había nada que quisiera contarles que no lo pudiera expresar con la música. Pasaron meses desde que había perdido el deseo de hablar, cuando sucedió que mientras estaba tocando una historia en el concierto que dábamos en la terraza del árbol, mis ojos comenzaron a llorar. Entonces cerré los ojos y continué tocando, y el público, que solía cantar una sola nota, se dividió y armonizó otra nueva nota. Y luego una nota más, creando un acorde que no reposaba, pero tampoco tenía tensión. No era alegre, ni tampoco triste, no tenía una palabra que lo pudiera definir. Yo seguí tocando sobre ese acorde y la reina cantaba sobre él, y sentí

como mi cuerpo se hacía tan ligero que empezaba a levitar. Habíamos creado unos cuerpos con frecuencias de sonidos en los que introdujimos nuestra conciencia. Permanecí con los ojos cerrados y dejé de tocar. Ella dejó de cantar y sentimos cómo estábamos cantando a través de nuestro público, que sostenía nuestros cuerpos “sonóricos” en el aire con el sonido de sus voces. Entonces sentí como nuestros cuerpos se abrazaron y encajaron perfectamente. Nos fusionamos en un solo ser, mientras sentíamos un orgasmo que parecía no terminar jamás. No sé cuanto tiempo estuvimos amándonos mientras todos cantaban. Sé que todos sintieron exactamente lo mismo que estábamos sintiendo ella y yo, el sonido hacía de canal por el que estábamos todos en una sola experiencia. Hasta que suavemente fuimos descendiendo, el público se fue yendo hasta que quedamos solamente ella y yo. Fue entonces cuando caí en la cuenta de algo que no entiendo cómo pasé por alto tanto tiempo... así que abrí la boca y dejé salir estas palabras:

«¿Cuál es tu nombre?»

No sabía su nombre... Nunca me lo dijo y nunca necesité llamarla... Ella me miró sonriendo y me respondió:

«Si te lo dijera, podrías llamarme, y nuestro amor moriría.»

Me costó un tiempo entender aquello, pero al final lo acabé comprendiendo.

El que quiere, llama.

El que ama, responde.



Aquello fue mi renacimiento. Llegué muerto, y ella me rescató del mundo de los muertos y me trajo de vuelta al de los vivos. Le devolvió la voz a mi alma de una forma grandiosa. Esa noche la pasamos juntos, tumbados en la cama. Aunque yo ya podía hablar, ella no me preguntó qué había hecho ni qué me había sucedido. Tenía un tacto y una delicadeza especial, y sabía en cada momento lo qué hacer para que todo estuviera en armonía, lo que a mí me hacía sentir una gratitud enorme, y un amor que casi me llevaba al temor de poder lastimarla lo más mínimo.

«Solo si necesitas sacar algo de tu pasado —me dijo cuando amaneció—, me lo puedes contar. Si hay algo que te duela y quieras ponerlo en palabras, ahora que puedes volver a hablar, aquí me tienes. No me interesa lo que hayas hecho en el pasado, me interesa que en tu presente haya paz».

«“Gracias” es una palabra muy pequeña para expresar la gratitud que siento hacia ti...» Le dije.

«Lo sé, siento tu gratitud, y eso es suficiente».

Después de eso nos quedamos todo el día en silencio, hasta que llegó la tarde y empezó a venir gente para escucharnos tocar y cantar con nosotros. Durante el concierto, de nuevo se creó ese acorde y de nuevo el concierto terminó siendo una unión amorosa entre su cuerpo y el mío, experimentada por todos los presentes y sumando cada uno su energía. Desde entonces, sucedía así cada tarde. Cada día venían más personas y cada día la experiencia era más intensa y duradera. Durante la noche, el gran árbol nos regeneraba, pues si no fuera por eso, no tendríamos suficiente energía para crear aquello.

El árbol mismo comenzó a crear ciertas formas con las ramas y las hojas en el espacio donde dábamos los conciertos, que hacía que el sonido se moviera sin chocar con nada y aquello generaba una experiencia cada vez más fuerte. Comenzó a crear también una especie de conductos que

llevaban el sonido al pie del árbol para que también pudieran escuchar todos los que quedaban abajo cuando no quedaba sitio arriba. Al haber tantas personas contribuyendo con su voz y su atención, los cuerpos de sonido que se creaban con las voces se empezaron a poder ver con los ojos. La música se podía incluso tocar...

Estuve meses sin salir de aquel mágico templo viviente, pues ahí lo tenía todo, hasta que un día surgió en mí el deseo de descender a la tierra y dar un paseo por la ciudad, de modo que bajé y caminé. Salí del círculo de oro y paseé por varios círculos, admirando la belleza de cada uno, hasta que de repente me encontré con algo que había olvidado que existía...

«Tenemos un pacto...» me dijo el siniestro ser que se cruzó en mi camino.

«Mi esposa está muerta —le dije— ya no queda nada de ella.»

«No está muerta... está dormida. El ser que viste en el bosque la mantiene prisionera en el fondo de su cuerpo... presa en la profundidad de un abismo... ¿De verdad la vas a abandonar en ese infierno?»

«Aunque eso que dijeras fuera cierto, no tengo poder para darle muerte a ese ser que la posee...»

«Si no pudieras hacerlo, ¿Crees que yo estaría aquí, hablando contigo...? Eres el único que puede liberarla de su mal... Ella ya no tiene voluntad, excepto para una cosa: mantener su cuerpo con vida. Lo mantiene con vida para poder vigilarte.»

«¿Tengo que morir entonces, para así poder liberarla...?»

«No estás entendiendo... Ella no dejará que te quites la vida... ¿Es que no lo has intentado ya?»

«¿Qué puedo hacer entonces?»

«¿Has estado alguna vez en este lugar?» Me dijo deteniendo el paso. Entonces me di cuenta que nunca había visto aquel círculo... Era tranquilo, se sentía paz. Era lúgubre, y tenía un árbol completamente negro con hojas blancas, y unas pequeñas flores doradas. Me pregunté cual sería la materia que le vendría bien a aquel árbol para hacerlo prosperar. Entonces me dijo:

«Este árbol ya tiene su materia. Es cuerpo de humano. En este lugar están enterrados los cuerpos de las almas que parten de aquí, el árbol absorbe sus memorias y las ordena. Tienes que enterrar tu cuerpo aquí. Ella sentirá que estás aquí, y creará que has muerto. Entonces abandonará su cuerpo... y será libre de ese ser que la posee. Después tu podrás desenterrarte y seguir con tu vida aquí, sin deuda, sin culpa.»

Después de un silencio le dije:

«Tengo que reflexionar eso que me dices. Más tarde te daré una respuesta.»

«¡No! Si no me lo dices ahora, iremos a contarle todo a tu reina».

«Me harías un favor, tu presencia allí me ayudaría a explicarlo todo, así que vamos.»

«No. Mejor que venga ella aquí...»

«¿No puedes entrar en el círculo de oro verdad? Por eso no has venido en todo este tiempo... Pero has conseguido influir en mí para hacerme salir... Si no puedes entrar tendrás que esperar fuera, yo voy adentro a hablar con mi reina.»

Entonces entré en el árbol y le conté absolutamente todo. Ella no me juzgó, como ya imaginaba. Me dijo que respetaba cualquier decisión que tomara, pero la decisión era solo mía. Yo sentía que la idea no le hacía ninguna gracia, pero no quiso decírmelo por no interferir en mi libre albedrío. Después de una larga reflexión, decidí hacerlo y acabar ya con aquella pesadilla. La reina me dijo que no me ayudaría, pero que vendría conmigo, por si el caído me dejaba enterrado y atrapado en aquel lugar, sacarme ella de allí. El caído no podía tocarnos, porque su cuerpo es extremadamente sutil, solo podía influenciarnos con su palabra. Ya le costaba un enorme esfuerzo simplemente hablar en susurros, y dar forma a su cuerpo para que lo pudiéramos ver. El poder del caído radicaba en la forma de ordenar las letras y las palabras. Tenía una retórica sublime, y sabía perfectamente que palabras decir a cada persona para sugestionarla. Finalmente, nos pusimos en marcha la reina y yo. Se me hizo larguísimo el camino hasta llegar a aquel círculo de la muerte, pero solo pensaba en que por fin mi deuda quedaría saldada y la culpa se disolvería en aquel árbol.

Llegamos, y sin demorarme cavé un hueco lo suficientemente grande y me introduje en él dejando mi cabeza afuera. Fue entonces cuando apareció el caído, que nos había estado siguiendo todo el rato guardando cierta distancia.

«¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí?»

«Quizá poco... quizá mucho... Depende de lo que tardes en entregar tu voluntad. Este árbol absorbe tu voluntad, cuanto más te rindas a él, más rápido pasará todo».

Así lo hice entonces, cerré los ojos y me rendí totalmente a ese árbol para terminar cuanto antes, exhalé todo mi aliento y cuando quise inhalar... no podía... ya no tenía voluntad para poder respirar. Me estaba asfixiando, y no podía realizar ningún movimiento, ni siquiera para pedir ayuda. Mi cuerpo aparentaba estar tranquilo, pero por dentro estaba agonizando, y justo cuando me iba a desmayar, escuché una dulce voz femenina que me dijo:

«tu cabeza no está enterrada. Tienes voluntad en tu cabeza. Respira...»

Entonces respiré y volví a tener dominio sobre la parte de mí que estaba sobre la tierra. No podía mover mis extremidades, pero sí mi diafragma y mi corazón. Parte de mi cabeza funcionaba, lo que me dio un desahogo, literalmente. Un desahogo que duró muy poco, porque justo cuando abrí los ojos, vi a un hombre venir por detrás de la reina y la redujo juntándole los brazos por detrás.

«¡Haz que la suelte ahora mismo!» —le dije al caído:

«Yo no respondo a tu autoridad...»

«Conozco tu nombre, tú me lo mostraste. ¡Haz que la libere!»

«Yo nunca te di mi nombre, te di un símbolo para que me llamaras.»
Además, teníamos un pacto.»

«¡El pacto no era la reina!»

«No... No lo era... Pero la reina ya no es la reina...»

Entonces ella me miró a los ojos llorando, pero me miró como nunca antes lo había hecho, entonces vi que quien me miraba no era la reina, era Marab, dentro del cuerpo de la reina. La drogaron al instante con una flor que le pusieron en la nariz, y ella cayó al suelo. Se la llevaron y el caído se quedó conmigo.



«¿Qué vais a hacer con ella?» le pregunté en mitad de mi llanto.

«Irás a una prisión de máxima seguridad, y no te diré más, pues no es de tu incumbencia.»

Ahora sí que no me quedaba ningún motivo para seguir viviendo, es más, nunca había deseado tanto la muerte como en ese momento. Alguien como yo no podía tener el privilegio de seguir respirando, así que le dije al caído con una voz más muerta que viva:

«Ya he cumplido mi parte, estamos en paz.»

«Aún no estamos en paz.» dijo el caído.

«No voy a hacer nada más por ti, así que entiérrame del todo y déjame morir aquí.»

«No. Tú no tienes el privilegio de morir. Además, tengo que cumplir mi parte del trato, si no, yo estaría en deuda con tu alma, y no está en mis planes contraer deudas con ningún mortal.» Entonces me miró a los ojos y sentí cómo entraba en mí una enorme presencia. «Ya tienes el poder que querías. Pero tu cuerpo quedará atrapado en la tierra.»

Después de estas palabras sin melodía se fue, mientras yo le gritaba hasta perder mi voz implorando mi muerte, sin ningún éxito. He permanecido aquí enterrado durante cientos de años. Cientos de años sin ver a una sola persona, ya que en aquella ciudad eran todos muy longevos, y aquí solo venían los que dejaban de respirar. Tenía acceso a un poder abismal, pero no podía sacar mi cuerpo de allí. Creé mundos enteros con mi poder, en los que yo nacía olvidándome de mí y me perdía en ellos hasta que eran destruidos y finalmente regresaba a este lugar. En uno de esos mundos decidí crear un lugar que sirviera para sacar a los seres más destructores de los planetas, supongo que lo hice inconscientemente para que no le sucediera a nadie lo que a mí me había sucedido. Mantenía a esos seres alejados de las personas, pero les daba una vida bastante confortable, y yo mismo les servía, ya que comprendía que no eran malos, solo les había tocado hacer el papel de verdugos. Hablaba con ellos e incluso les ofrecía mi amistad. Un día me dirigí a ver al último ser que habían traído y entré en su habitación para conocerlo.

—Cierra la puerta al entrar —fue lo primero que me dijo aquella mujer, cuando entré en su habitación. No pude evitar soltar una carcajada, ya que su habitación era una celda de una prisión de máxima seguridad.

Ella estaba sentada en el suelo, al lado de una cama. Tenía los ojos cerrados y la expresión de su rostro... no... no puedo decir qué expresión tenía en su rostro porque no había tal cosa. Al principio la miré y vi felicidad, pero al instante siguiente vi tristeza, pero no se había movido ni un pequeño músculo de su cara. Su rostro recordaba a un lago en quietud, capaz de reflejar la luna a la perfección, donde todo ser vivo dentro del agua estaba inmóvil, pero no por estar dormido, sino por estar tan expectante al momento presente, que moverse sería perderse un instante de la mejor experiencia jamás imaginada. Eso mostraba su rostro. No estaba dormida, ni evadida, sino plenamente consciente. Si abriera los ojos, tan solo podría ver a través de ellos. Con ellos cerrados, podía ver desde cada átomo de su cuerpo. Se me hizo obvio entonces que la felicidad y la tristeza que vi en su rostro, eran fluctuaciones de mi mente, eran mis mismas emociones, que por la ausencia de las suyas, me venían de vuelta.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —le pregunté después de un eterno minuto observándola.

—Lo sé... ¿Lo sabes tú?

Yo la miré confundido, sentí que eso ya lo había vivido. Entonces me miró y me dijo:

—Asary, bienvenido a tu hogar —Al decir ese nombre recordé al momento quien era.

—¡¿Qué?! ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

—Estás en la prisión en la que te has metido para conocerme y después morir ¿recuerdas?

—Sí... creo que lo recuerdo...

—No... No lo recuerdas porque no es verdad, es un falso recuerdo que he creado en ti... Antes de decidir meterte aquí, ¿dónde estabas? ¿Que hacías? No tienes claridad ¿verdad? No lo soportabas y decidiste borrarlo, pero nunca se borra del todo. Todo deja una huella sempiterna en el tiempo. Solo necesitabas que alguien dijera tu nombre para traerte de vuelta. Ahora mismo, tienes un gran poder. Pero... no eres libre. Tu cuerpo es valioso, pero está atrapado.

—Entonces... tú no eres real... te estoy imaginando en un mundo que he creado yo... para no estar solo.

—Sí que soy real. He venido a visitarte. Como te dije antes, yo soy libre de salir de aquí. Me tuvieron años dormida, pero un día, alguien me despertó, y en cuanto recuperé la conciencia me encontré dentro del cuerpo de la reina de EtzGadol, donde metí mi conciencia al dejar mi cuerpo. Nuestras conciencias ahora son una sola. Me tenían encerrada en una celda, pero al despertar les ordené a todos que me liberaran y así lo hicieron. Entonces me volví a mi último hogar, mi gran árbol, y éste alimentó con oro tu hogar, tu gran árbol... Ese árbol absorbió tu conciencia durante años y la fue introduciendo en partículas de oro formando una gran pepita, que yo recogí, fundí, y la tengo conmigo en mi casa. Varias veces bajo a tu realidad a hablar contigo, hacemos música, hablamos, bailamos, nos amamos... pero cuando me voy, tú te creas tus mundos, te pierdes en ellos, y te olvidas del nuestro. Por eso vuelvo y te lo hago recordar.

—Por eso tenía tanta curiosidad por conocerte, en el último mundo que creé. Para que me sacaras de él...

—Así es, por eso pude sacarte, si no me hubieras buscado y entregado tu vida para ello, habrías quedado atrapado en un mundo de un submundo de un submundo...

—Pero... ¿Es que éste no es un mundo de un submundo de un submundo...?

—Sí que lo es, pero llevamos tiempo en él, y sabemos cómo funciona. Si caes en otro, entras sin conciencia del pasado, y eso significa volver a



empezar en un caos y vacío. Caos en la tierra y vacío en el cielo. Materia sin orden, y orden sin materia... Y eso requiere tiempo. Mucho tiempo...

—¿Y si yo quisiera empezar de nuevo por completo, y dejar de existir en este mundo?

—Hiciste un pacto. El poder que pediste sin saberlo es este, convertirte en oro. Tu cuerpo ahora es del material más valioso y poderoso de este planeta. Yo me alimentaba de oro, pero del oro sutil que no se ve con los ojos. Y lo emanaba después en el agua del río. Yo era consciente y podía desechar el oro para que no me consumiera. Tú no tenías poder sobre tu cuerpo, por lo que el oro lo consumió todo, excepto una pequeña semilla que dejó... de la cual nació una preciosa enredadera con unas florecitas azules que avanzó hasta llegar al gran árbol, por el cual trepó hasta llegar a la copa y formó un altar donde estaba el oro que guarda tu conciencia.

El oro que construyo este gran árbol donde vivimos, salió de mí. Mi cuerpo liberaba oro que fluía río abajo, y fui alimentando a una joven fuerte, a la que le fui dando poder y sabiduría hasta convertirla en reina, y día tras día, a través de las partículas de oro que ella bebía, que estaba en el agua de los frutos del gran árbol, iba introduciendo mi conciencia en ella. ¿Crees que yo no estaba cuando hacíamos el amor en aquellos conciertos? Me introduje en otro cuerpo, para que pudiéramos estar juntos, dejando el rencor en mi antiguo cuerpo. Y lo conseguimos. Y cuando por fin lo hacemos, otra vez caíste en la misma trampa.

—El caído me engañó... Me dijo que me vigilabas, y que sufrías.

—Él no te engañó. Te engañaste tú mismo. ¿Puede engañarte alguien más de una vez? Te puede engañar una, la segunda es responsabilidad tuya... Dime una cosa ¿Tú sentías sufrimiento cuando estabas con la reina?

—Nunca.

—Eso es la señal de que yo no sufría, al contrario, estaba contigo, desde otro cuerpo, pero estaba contigo. No te vigilaba, te observaba. No para protegerte, sino para que cuando abandonaras tu cuerpo, dejar yo también el mío y partir juntos al siguiente nivel. Te estaba esperando... Cuando te enterraste te vi llegar al mundo de los muertos, entonces dejé morir mi antiguo cuerpo, se lo regalé a las bestias del lugar, y llevé toda mi conciencia al cuerpo de la reina, que estaba contigo, para ver lo que te

sucedía, y en ese instante fue cuando me atraparon... Quedé atrapada en un cuerpo dormido.

—Y ahora... ¿Qué soy yo? ¿Qué hiciste de mí al fundirme?

—Una hermosa lámpara de aceite. —Me dijo.

—Una lámpara... ¿Por qué una lámpara?

—Quise hacer una medalla para llevarte siempre en mi pecho, pero era demasiado oro para eso... Quería hacer de ti algo precioso, pero también funcional, no quería que fueras un adorno. Y después de varios días, me vino la idea. ¿Qué mejor cosa que un portador de la luz? Desde entonces, todas las noches iluminas nuestro hogar.

Todo esto sería una historia preciosa, si no fuera por el hecho de que... ¡Soy una lámpara...! Una lámpara especial, sí, pero una lámpara. Y lo que me hace especial es lo siguiente: Todas las lámparas tienen memorias almacenadas en la materia de la que están hechas. Pero memorias de diferentes conciencias. El oro está lleno de almas. De almas que dieron su voluntad libremente para servir como oro. En mi caso, era una sola conciencia en una lámpara. Además, yo era una lámpara que no quería ser una lámpara. En mi caso fue una condena. No comprendía los deseos que tenía... No sabía de dónde venían... La ignorancia y la soberbia me convirtieron en una conciencia condenada a servir indefinidamente dando luz a quien me poseyera. Afortunadamente, quien me poseía era el ser más maravilloso que conozco, y también la mujer que más me amaba. Y así, pasaron años y años. Al igual que cuando estuvimos en el paraíso, ella vivía una realidad por encima de mí, pero siempre regresaba a la mía para estar conmigo. Con amor me hacía recordar cada vez que olvidaba, y me traía de vuelta a mi vida original.

—Me dijiste antes que aún mantenías tu cuerpo aquí porque tenía un propósito. Ese propósito... soy yo ¿verdad? Me esperaste en el paraíso hasta que yo muriera para partir conmigo, y ahora que tengo que permanecer aquí, estás aquí atrapada para no dejarme solo en mi desdicha.

—No estoy atrapada. Es el amor lo que me mantiene aquí contigo.

—Pero tú siempre has tenido la voluntad de avanzar, y yo siempre te lo he impedido... Es hora de que continúes tu camino.

—No quiero dejarte aquí a tu suerte. ¿Sabes cuantos miles de años tendrías que vivir con esa forma y con esas condiciones? ¿Sabes la cantidad de cosas que podrían sucederte? ¿Todo lo que podrían hacer contigo si alguien descubriera el poder que posees?

—Será una gran aventura.

—Será un infierno.

—Será doloroso, sí, pero cuanto más agotado caiga, más plácido será el descanso. Será como trabajar duro para poder comprar un gran regalo. Y como tú dijiste antes: “Las experiencias más dolorosas... son los regalos más grandes que nos hace la existencia.” Éste será un gran regalo, que tendrá un gran valor para mí porque yo mismo pagaré el precio. He estado todo este tiempo pidiendo y deseando egoístamente, ahora mi deseo es hacia ti. Deseo tu absoluta libertad.

—No entiendes que tú eres mi responsabilidad... Tú naciste de mi deseo. Yo te creé, y mira como has acabado.

—No. No he acabado. Estoy siendo. Soy de oro, el metal máspreciado que existe aquí, yo lo he pedido así. Si tú me has creado, has sido tú la que me has dado el regalo de la vida. Gracias. Has sido tú la que me has regalado la libertad. Gracias de nuevo.

—Pero darte libertad te hizo tropezar.

—Exacto, me hizo tropezar, y también me ha hecho conocer el bien, a través del mal. Era la única manera... Pero no te preocupes, algún día moriré. No soy inmortal. Alguna estrella explotará algún día y me desintegraré, o algún agujero negro me absorberá, y hasta entonces, seguiré experimentando los misterios de la vida, ahora desde una preciosa lámpara de oro.

Gracias a tu deseo, YoSoY

Ahora, cumple tú mi deseo, que por fin es noble.

—De acuerdo. Tu deseo es muy noble, y es un sacrificio que te redimirá. Sufrirás, pero tú ya sabes lo que es el sufrimiento... Antes de irme, tenemos que pensar bien cómo dejaremos las cosas por aquí...

—Sí. Pero... ¿Podríamos ir a otro sitio fuera de esta celda? Llevamos mucho tiempo aquí dentro.

Al momento aparecimos en un sitio que me era muy familiar... Veía hojas violetas y el aroma era especialmente agradable... Estábamos en lo alto del gran árbol, aunque estaba diferente, después de tantos años. Ella... Estaba preciosa... No... Tendría que inventar una nueva palabra para señalar su belleza.

—Tú también puedes hacer esto —me dijo—, tienes poder para crear esto. Habías olvidado quién eres, porque naciste en un cuerpo que no era el tuyo, y olvidaste todo lo que puedes hacer. Si yo me voy, debes tener cuidado, porque si vuelves a hacer eso, olvidarás todo de nuevo hasta que el universo en el que nazcas sea destruido por completo. Todas las personas que creas, deben morir, porque parte de ti está en ellas. Y si esas personas que creas tienen libertad de engendrar a otros, tu conciencia se irá dividiendo una y otra vez, y hasta que no mueran todas, no serás libre de volver a tu realidad.

—No utilizaré más mi poder...

—Ahora que por fin tienes el poder que deseaste, ¿no quieres hacer uso de él? Solo te centraste en ver la parte negativa, pero serías muy necio si ahora que tienes lo que tanto has perseguido, no lo utilizaras. Después del precio que has tenido que pagar por tenerlo, lo desprecias...

—Es que ahora que lo tengo, me doy cuenta de que no lo necesitaba.

—Cierto. No lo necesitabas, pero ahora es tuyo, y deberías utilizarlo, pues si no, todo el sufrimiento no habrá tenido sentido.

—Ya lo he utilizado. He creado todo lo que he querido y lo he disfrutado todo. Todo lo que he imaginado que me podía gustar lo he tenido.

Comidas, fiestas, lujos, mansiones, juegos... Y nada me ha saciado. ¿Para qué utilizarlo?

—Piensa...

—Llevo siglos pensándolo...

—Sí, pero ahora yo te digo que hay algo que no has pensado hasta hoy.

La fe que tenía en ella, me daba una certeza de que había algo que estaba pasando por alto. Algo en lo que podía ser utilizado todo el poder que poseía...

—Para los demás... Puedo hacer grandes cosas por los demás... He pasado la vida tratando de servirme a mí mismo. Tratando de que los demás me sirvieran a mí... Ahora es momento de servir.

Es curioso que tan solo de pensar en servir, ya me daba una satisfacción enorme. Pero... tendría que seleccionar bien a quién servir. Tendría que decidir con ecuanimidad qué deseos cumplir. Si no, podría crear un caos... Pero... ¿Tengo yo suficiente criterio para decidir cuáles cumplo y cuáles no? ¿Es justo que sea yo el que decide?

—Necesitas unas normas —me dijo Marab—, unas reglas que seguir.

—Estoy de acuerdo.

Entonces nos quedamos en silencio. Yo estaba reflexionando sobre las leyes que imponerme a mí mismo. Y ella estaba aquí acompañándome aportando su silencio, donde hay más conocimiento que en cualquiera de las palabras del más sabio. Sé que ella no me iba a dar ninguna norma, pero me ayudaba creando una atmósfera de paz y tranquilidad en la que yo mismo pudiera encontrarlas. Para ella habría sido fácil decírmelas, pero sabía que era necesario que fuera yo quien las encontrara. En ocasiones como estas, para el que ve las cosas con claridad es más difícil callar que hablar, porque el ego quiere mostrar lo que sabe, y que los demás le sigan, pero el ego de esta mujer estaba muy bien domesticado, y era éste el que le servía, no a ella, sino al amor.

La primera regla que me podría imponer sería la de no nacer en un cuerpo. Pues si creo algún cuerpo para mí en el que nacer, me podría perder muy fácilmente en ese mundo, y eso alargaría enormemente todo esto. Esto sucedería al desear algo para mí... Mi único deseo debe ser cumplir mi condena, y para eso no debo tener otro deseo, pues entorpecería este...

—Bien, ya tengo mi primera norma: “El único deseo que me permito concederme es cumplir mi condena lo más eficazmente posible”.

Entonces ella cogió una pequeña lámina de oro y lo escribió en ella. Yo continué en mi reflexión, y encontré las siguientes normas muy rápidamente:

—“No mataré al vivo. No resucitaré al muerto. No enamoraré a nadie.”

Ella continuó grabando en oro lo que yo iba diciendo. Las personas no deben ver mi forma humana —pensé después— verán mi forma material, es decir, la lámpara, pero no mi cuerpo sutil que aún tiene forma humana. Solo aquel que limpie mi cuerpo de oro, podrá hablar conmigo, y podré ayudarle a formular su deseo.

—“El que limpie la lámpara frotándola, podrá hablar conmigo cara a cara.”

—“No juzgaré los deseos de nadie.” —Fue lo siguiente que observé. Porque no seré yo el que cargue con la responsabilidad de algo que se pueda convertir en culpa y eso me cree una nueva condena...

Pensaba entonces en cómo seleccionar a quién concederle deseos y a quien no. Esto me llevó un buen rato. No daba con una fórmula eficaz para esto, así que decidí enfocarlo de otra forma. Cumpliré el deseo que me pidan literalmente. De esta manera, tendrá que ser alguien de gran conocimiento para formular correctamente su verdadero deseo.

—“Cumpliré los deseos que me pidan literalmente.”

Esto me llevó a darme cuenta de que... si solo concedo un deseo, alguien podría acabar como yo... Sería cruel entonces... Tampoco podría concederle todos los deseos que quisiera, porque eso sería extremadamente peligroso. Así que se me ocurrió conceder un deseo por persona, y un deseo más, así, si erraba en el primero, tendría oportunidad de enmendar su error y no acabar como yo, y si el primero lo había pedido con sabiduría, tendría el merecimiento de pedir otro más.

—“Le concederé un deseo a quien me posea, y otro más, o bien para enmendar la torpeza de quien pida con ignorancia, o bien para premiar la nobleza de quien pida con amor.”

—Creo que ya tengo mis normas.

—Las tienes. Están escritas en este par de láminas de oro. Te las leo:

“El único deseo que me permito concederme es cumplir mi condena lo más eficazmente posible”.

“No mataré al vivo. No resucitaré al muerto. No enamoraré a nadie.”

“El que limpie la lámpara frotándola, podrá hablar conmigo cara a cara.”

“No juzgaré los deseos de nadie.”

“Cumpliré los deseos que me pidan literalmente.”

“Le concederé tres deseos a quien me posea.”

—¿Qué? ¿Tres? Esa última norma...

—Es necesario que sea así —me interrumpió—, si no, jamás serás libre. Serán tres deseos. Colócate estas láminas en las muñecas. Rápido.

Entonces me colocó cada una a modo de pulsera, para que no olvidara que hoy decidí seguir estas leyes, que yo mismo redacté, y mediante el poder del oro y de la palabra, desde ese momento no podía saltármelas, evitando así el riesgo de caer.

Pero lo que yo quería decirle era otra cosa:

—Has nombrado un número... Por primera vez, desde que te conozco...

—Ha sido necesario...

—También has mirado al futuro, porque has sabido cuál era la forma de que yo algún día sea libre.

—Ha sido necesario...

—Entonces... Eso es que... ¿Ya te vas...?

Mientras decía estas palabras, iba desapareciendo en silencio, mirándome fijamente a los ojos. Esa mirada... que jamás volvería a ver...



Creí que me quedaría un rato más con ella. Creí que me daría tiempo para despedirme. Pero tuvo que ser así. Por algún motivo no pudimos despedirnos.

—¿Dónde estoy?

No puedo salir a mirar...

¿Dónde me habrá dejado mi reina...?

Supongo que...

empieza la aventura...

Mensaje del autor:

Dicen que las segundas partes nunca fueron buenas. Yo discrepo. No es que nunca sean buenas, es que una buena historia puede crear unas expectativas muy altas que no se suelen alcanzar en la segunda parte. Por si acaso, lo que yo he hecho ha sido escribir dos partes, y darte primero la segunda parte. Así que ésta que has leído, es la parte supuestamente mala, la buena es la siguiente:

2. LA NORIA

(la verdadera primera parte)

Yotuel



@Yotuel.lesoleil